P. VICENTE AGUSTI

AMOR A MARIA

Apostolado de la Prensa

Biblioteca del Apostolado de la Prensa.

AMOR Á MARÍA

POR EL

P. VICENTE AGUSTÍ

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

TERCERA EDICIÓN

MADRID
BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
14—Plaza de Santo Domingo—14
1905

AMOR Á MARÍA

Dignare me laudare te, Virgo sacrata.

PARTE PRIMERA

—

MARÍA AMABLE

I

María amable por su excelencia y dignidad.

PARA amar á María es preciso conocerla Nunca será nuestro amor á la excelsa Señora tan grande é ilustrado, tierno y profundo, como debe ser, si no conocemos, según la cortedad de nuestro entendimiento, lo que María es respecto de Dios y de los hombres, el puesto que ocupa en el plan y consejo divinos y lo muchísimo que le debemos.

María aparece en las Escrituras

como una mujer prodigiosa, vestida del sol, calzada de la luna y coronada de estrellas (1). «Yo—dice ella misma - salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que existiese ninguna criatura. Yo hice nacer en los cielos la luz indeficiente, y, como una niebla, cubrí toda la tierra. En los altísimos cielos puse mi morada, y el trono mío sobre una columna de nubes. Yo sola circuí el ámbito del cielo, y penetré por el profundo del abismo, me paseé por las olas del mar y puse mi pie en todas las partes de la tierra; y en todos los pueblos y en todas las naciones tuve el supremo dominio... Entonces el Criador de todas las cosas dió sus órdenes... y me dijo: «Habita en Jacob, y sea Israel tu herencia, y arráigate en medio de mis escogidos... Y me arraigué en un pueblo glorioso y en la porción de mi Dios, la cual es su herencia; y mi habitación fué en la plena reunión de los santos. Elevada estoy cual cedro sobre el Líbano, y cual ciprés sobre el

(1) Apoc., XII, 1.

monte de Sión... Extendí mis ramas como el terebinto, y mis ramas llenas están de majestad y de hermosura. Yo, como la vid, broté pimpollos de suave olor, y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Yo, madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia de la salud y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel mi herencia. Se hará memoria de mí en toda la serie de los siglos. Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben. El que me escucha, jamás tendrá de qué avergonzarse; y aquellos que se guían por mí, no pecarán. Los que me esclarecen ó dan á conocer á los demás, tendrán la vida eterna» (1).

Según los Santos Padres, María es,

(1) Eccli., XXIV, 5-31.

entre todas las criaturas, la obra maestra que ha salido de las manos de Dios; el gran negocio de todos los siglos (1); reparadora del orbe, verdadera madre de los vivientes, como Eva lo fué de los que habían de morir; alba alegrísima, precursora del sol de justicia, que baja de los collados eternos, pacificadora del mundo, en cuyo virginal seno se obraron los reales desposorios de la naturaleza divina con la humana en la persona del Verbo...

Con razón se expresaban así los Santos Padres. Porque sabían muy bien que María, en la mente y decretos del Altísimo, ocupa un lugar muy superior á todas las simples criaturas, que la eleva hasta introducirla en el mismo orden divino; por manera que, subiendo de las criaturas al Criador, más arriba de la Virgen sólo se encuentra la divinidad, y, bajando de Dios á las criaturas, la primera es María, encumbrada sobre todos, ya que no por naturaleza, que en esto es

(1) Negotium omnium saeculorum. Bern. *Serm.* II *de Pent.*

inferior á los ángeles, pero sí por gracia, por dignidad, por la incomparable grandeza á que Dios la levantó.

Es sabido que el misterio de los misterios, la obra portentosa que Dios puso en medio de los siglos, fué la encarnación del Verbo. Jesucristo es el *alpha* y *omega,* principio y fin de todas las cosas, centro hacia el cual converge toda la creación. El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia: Él restableció la paz entre el cielo y la tierra por medio de la sangre que derramó en la cruz (1).

Ahora bien: á este misterio de los misterios, milagro de poder y de amor, va inseparablemente unida en un mismo decreto la elección de María para Madre suya. Desde entonces, ante del rodar de los siglos, está María en en el pensamiento divino, unida indisolublemente á Jesucristo. Ya no pueden separarse. El Hijo de Dios se hará hijo de María para conducir al hombre á la consumación de su gloria. Esta mujer, Madre y Virgen á la vez,

(1) Ad Colos., I, 16-20.

le suministrará su propia carne, le llevará en sus entrañas, cooperará á su obra, y, asociada íntimamente á Él, tendrá parte en sus ignominias, en sus combates, en sus triunfos, en su gloria. Esta es María. Y esta es la raíz de sus grandezas: ser Madre de Dios, asociada y cooperadora con Cristo en la restauración del mundo. Oigamos á San Pedro Damián, discurriendo hermosamente sobre este punto: «Se hace junta celestial: trata Dios su consejo: reune concilio: habla con los ángeles de la restauración de ellos y de la redención de los hombres, y al punto el nombre de María surge del tesoro de la divinidad, y por ella, con ella y en ella se determina obrar todo esto de un modo tal, que así como sin Él nada fué hecho, así también sin Ella nada se rehaga» (1).

Pero ¡ah! que como es fácil decir que María es Madre de Dios, así es difícil comprender el cúmulo de grandezas que encierra este título. Sería necesario para ello conocer quién es

(1) Serm. de Nativ. B V. M.

Dios. Enmudezca aquí—exclama San Pedro Damián—y estremézcase toda criatura, y apenas se atreva á mirar lo inmenso de la dignidad de la Madre de Dios (1). El ánimo no puede concebir tanta grandeza y gracia, ni expresarla la lengua - dice San Agustín (2); y añade San Buenaventura: «Dios puede hacer otro mundo mayor, puede hacer otro cielo mayor: una madre mayor que la Madre de Dios, eso Dios no lo puede hacer» (3). Y es que, como dice el Angel de las escuelas, «la bienaventurada Virgen, por ser Madre de Dios, tiene cierta dignidad infinita, emanada del bien infinito que es Dios; por esto no puede existir nada mejor, así como nada existe mejor que Dios» (4). María, en su cualidad de Madre, toca en cuanto es posible las mismas fronteras de la divinidad, y tiene con el Eterno Padre, respecto de su Hijo, una afinidad especial. Como el Padre, hablando con el Hijo, puede de-

---

(1) Serm. de Nativ. B. V. M.—(2) Serm. de Assumpt. —(3) Bonav. *in Speculo.* —(4) Stus. Thom., 1 p. q. 25, a. 6 ad 4.

cir: «*Hijo mío eres tú; hoy,* es decir, en la eternidad, *te engendré*»; así María puede decir con toda verdad al Verbo encarnado: «Hijo mío eres tú; yo te concebí en la plenitud de los tiempos, y te llevé en mis entrañas nueve meses», ¿Qué ángel no se pasma ante misterio tan soberano? ¿Pueden, acaso, darse relaciones más íntimas y sublimes entre María y las tres divinas personas de la augusta Trinidad que las relaciones que nacen de este inefable y estupendo misterio? Y ¿qué gracias, qué dones, qué carismas y privilegios se habían de negar á la que se le concedía el ser Madre de Dios? Y ¿quién se los había de negar? ¿El Padre, que la adoptaba por hija suya predilecta, y compartía con ella el poder llamar Hijo á su propio Hijo? ¿El Espíritu Santo, que le hacía sombra con sus alas, y la llamaba su Esposa inmaculada, su única paloma, toda hermosa y sin mancilla? ¿O por ventura el Verbo de Dios, la persona del Hijo que la escogió por Madre suya, y quiso hacerse hombre en sus purísimas entrañas? ¡Ah! Eso es imposible, eso es ab-

surdo. Si nosotros, con ser tan miserables y apocados como somos, hubiéramos de escogernos la madre que nos pluguiese, ¿no la elegiríamos la mejor que pudiéramos ó supiésemos? ¿Y hemos de poner en Dios otros límites, señalar otra medida, cuando trata de escoger madre para sí, que los límites y medida del poder y sabiduría de Dios? Digámoslo de una vez: Dios no confirió la divinidad á su Madre, no la hizo diosa, porque esto es imposible, porque repugna que haya más de un Dios: fuera de esto no hay, no se concibe perfección alguna compatible con el estado y condición de María que Dios no la haya concedido á su Madre, al paraíso que el Criador se formó para sí en la tierra. ¡Oh! ¡Cuán amable es María! Verdaderamente es toda hermosa, más bella que el rosicler de la aurora, más pura que el ampo de nieve que se cuaja en la cima de la sierra: en ella no hay mancilla de pecado.

¿Cómo la había de haber en la Madre de Dios? ¿En la llena de gracia, en la que venía precisamente á destruir el imperio del pecado y había de tener

con el infierno perpetuas enemistades? (1). Aparte Dios de nosotros semejante pensamiento. No; no se aviene la culpa—ora sea original, ora personal; ya grave, ya leve—con la excelsa dignidad de Madre de Dios, ni con el amor infinito que la augusta Trinidad le profesaba, ni tampoco con el destino que María había de cumplir sobre la tierra.

---

1 Gen., III, 15.

II

María amable por su hermosura de cuerpo y alma.

UNA de las cosas que más cautivan y obligan á amar es, sin duda, la belleza. Lleva tras sí los ojos quien la posee, y predispone á que la favorezcan cuantos le ven. A este propósito se cuenta de la reina doña Isabel la Católica que, llevándole un caballero, mancebo de mucha hermosura y gentileza, una carta de favor para que le hiciese mercedes, y poniendo ella los ojos en su agraciado semblante respondió: «Poca necesidad tenía de carta vuestra presencia».

¿Qué diremos ahora de la hermosura de la bienaventurada Virgen María? Diremos que es tan excelente y peregrina, que no podrá dejar de amarla quien debidamente la considere. Tres suertes de hermosura podemos distinguir en la sacratísima Madre de Dios:

belleza corporal, intelectual y moral, y en todas tres fué maravillosa.

De la belleza corporal de la Virgen dicen los Santos Padres grandes encomios y alabanzas, que sería prolijo repetir. Compáranla á lo más hermoso del cielo y de la tierra, y le dan la palma sobre cuantas hermosuras mencionan los libros sagrados del Antiguo Testamento, las cuales eran figura y representación de María. Llámanla *rostro de Dios, estatua labrada por la misma mano del Altísimo*, templo viviente, formado por la divinidad para habitar personalmente en él, palacio digno del alma que encerraba y cuya vestidura era. Particularizando más, regálanse en pintarla de estatura regular y bien proporcionada, de tez trigueña, cabellos rubios, ojos garzos y brillantes, cejas graciosamente arqueadas, nariz aguileña, labios rojos y no gruesos, largos los dedos y las manos delgadas y bien formadas (1). Tal era, que el mismo Dios la alabó de

(1) Niceph., lib. II, cap. XXXII; Epiph., Canis., lib. I de laud. Virg., cap. XIII.

hermosa; y tal, que arrebatado y fuera de sí al mirarla Dionisio Areopagita, la hubiera tenido y adorado por Dios si la fe no le enseñara que era simple criatura. Pero notemos de paso que la belleza corporal de María era de un orden superior al de las bellezas humanas, y que el efecto que producía en cuantos la miraban distaba del que estas ordinariamente producen, como dista el cielo de la tierra. No tenía la belleza de María nada de voluptuosa y muelle, lánguida y enervante: su gentil talle comparado á la palmera que se cimbrea; sus ojos como los de la paloma, bañada en las corrientes de las aguas; su cuello airoso y blanco como el marfil; sus mejillas coloradas como las rosas de Jericó; sus manos hechas á torno y derramando jacintos; su cutis blando y delicadísimo, mezcla de nieve y rosa; su aliento perfumado como el de los campos de azahar ó el de las viñas de Engaddi; sus pies menudos y ligeros como los de los ciervos ó de los gamos; su cabellera sedosa y abundante, cayendo sobre sus nevadas espaldas como lluvia de oro que

obscurece al sol; cuanto de ella dijo el enamorado Esposo de los Cantares, lejos de atraer á los hombres hacia la tierra los elevaba al cielo, infundía castos pensamientos, purificaba los sentidos, divinizaba la carne.

Sin embargo, digámoslo con verdad, por excelente que sea la belleza corporal de la Virgen Madre de Dios, debe cautivar nuestra atención muchísimo más la belleza de su alma aun física y naturalmente considerada. ¡Qué entendimiento el suyo tan noble, perspicaz y en todo perfectísimo! ¡Qué voluntad tan recta y ordenada para el bien! Según el P. Francisco Suárez, María, desde el primer instante de su Concepción y santificación, tuvo actual y perfecto uso de razón (1). Y es común sentir entre los doctores, que en el mismo instante se le infundió ciencia natural de los divinos misterios del Criador y de las cosas criadas en grado mucho más superior que alcanzó en su carrera cria-

(1) In D. Thom., t. II, q. 27, a 3, disp 4, sect. 7.

tura alguna viadora, ciencia que de día en día fué la Virgen perfeccionando durante el curso de su admirable y santísima vida. ¿Y qué mucho se infundiese á María esta ciencia y se le diese el uso perfecto de la razón, si se le concedió al Bautista en el seno de su madre y á Adán en el paraíso?

Pero la belleza por excelencia de María, la que ella más aprecia, la que verdaderamente sorprende y arrebata á los hombres y á los ángeles y enamora al mismo Dios, es su belleza moral. Esta hermosura nace de la gracia. Y fué tan grande, tan copiosa y soberana la que desde el primer instante de su Concepción se derramó en María, que el citado Suárez, con autoridad de los Santos Padres, dice «ser piadoso y verosímil el creer que la gracia de la Virgen en su primera santificación fué más intensa que la suprema gracia en que se perfeccionan los hombres y los ángeles» (1). Por lo cual, prosigue el mismo Suárez, se

(1) Suárez, in D. Tom., t. II, q. 27, art. 3, disp. 4, sect. 3.

le puede acomodar aquello del Profeta: «Los cimientos de ella en los montes santos: ama el Señor las puertas de Sión sobre todos los tabernáculos de Jacob (1). Ni es esto de extrañar, porque el Altísimo que la fundó se hizo hombre en ella.» ¡Ah! digamos con San Buenaventura: «Todos los ríos entran en el mar; pero el mar no rebosa: todos los carismas entran en María; porque el río de gracia de los ángeles entra en María; el río de gracia de los patriarcas y profetas entra en María; el río de gracia de los apóstoles, mártires, confesores, doctores y vírgenes, entra en María. Pero ¿qué maravilla es, si toda la gracia se junta en María, por la que tanta gracia corre hacia todos?» (2). Y no solamente estos ríos de gracia entraron en María, sino que con ellos le fué quitado á la vez el fómite de la concupiscencia ó inclinación al mal, y se le dieron todas las virtudes infusas y todos los dones del Espíritu Santo.

Ahora, pues, ¿quién no se pasma, si

(1) Ps. LXXXVI.—(2) Spec., c. III.

se detiene á considerar por un momento cuánto acrecentó María esta gracia, recibida en el primer instante de su sér? Porque nadie piense que la Virgen tuvo baldía y ociosa esta gracia, y que en su primera santificación puso término á su ultimada santidad. No; esto sería un absurdo. María negoció, trabajó con la gracia; y de tal manera obró con ella, que con cada acto que hacía duplicaba el caudal. Porque si este doblar la gracia se concede á los ángeles en el primer instante, ¿por qué no se ha de conceder siempre á la Reina de ellos, que jamás puso impedimento á Dios, sino que obró todo lo que pudo obrar conforme á la gracia que poseía y á la moción del Espíritu Santo, castísimo Esposo de su alma, que interiormente la movía? ¿Y qué entendimiento humano puede abarcar el cúmulo inmenso de gracia, que según esto acrecentó en el largo espacio de setenta y dos años de vida inocente, santa y fervorosísima que pasó en este mundo? ¿Quién no se pierde en este hondo abismo y mar sin orillas de la gracia

de María? Vea quien quisiere los piadosos cálculos y devotas hipótesis que hacen sobre esto algunos hijos amantes de nuestra Señora; nosotros nos contentaremos con decir y preguntarnos llenos de admiración: Si á mayor gracia corresponde mayor hermosura, y tanto es más amable una persona cuanto es más hermosa, ¿cuán amable será la serenísima princesa de los cielos?

III

María amable por su bondad y pureza.

QUIÉN es esta que se adelanta como la aurora, hermosa como la luna, brillante como el sol, terrible como ejercito formado en batalla? (1). Estas palabras de los Cantares, que la Iglesia aplica á nuestra Señora, nos la presentan en toda la carrera de su vida, adornada de divinos privilegios, á la faz de los ángeles y de los hombres. ¡Cuán amable, en verdad, nace María de las entrañas de su santísima madre, la anciana y estéril Ana! Fruto de los gemidos y oraciones de ésta y de su esposo San Joaquín, jamás ha existido en el mundo niña tan preciosa, y cuyo nacimiento causase tan pura alegría y santo regocijo. No reclinaron, es cierto, sus tiernecitos miembros en cuna de marfil y oro, ni

(1) Cant., VI, 9.

arrullaron sus oídos los genetlíacos de Atenas ó de Roma; pero recibiéronla al nacer los brazos piadosísimos de sus padres, y la adormecieron los sencillos cantares de los pastores é inocentes zagalejas, si ya no es que digamos, como algunos pretenden, que nació en las soledades del campo y entre el balido de las ovejas. ¡Cómo debieron extasiarse sus dichosos padres al contemplar aquel fruto de bendición, hermosísimo pimpollo que el cielo les regalaba en el último período de su vida! ¡Con qué embeleso recogerían aquellas dulces miradas y suave sonrisa con que la niña recién nacida les manifestaba su cariño y agradecimiento! Porque sus sonrisas y miradas no eran instintivas ni maquinales como las de otros niños, sino llenas de inteligencia y bondad y gobernadas por la razón, ya que, como hemos dicho, María, desde el seno de su madre, gozaba del perfecto uso de su razón y libertad, ¡Oh! ¡quién fuera tan feliz que hubiese podido presenciar tales escenas y tomar en sus brazos á esta niña preciosísima, que no exhalaba un

quejido, ni causaba la menor molestia, ni dió nunca muestras de enfado. ¡Oh! ¡quién hubiese podido imprimir en sus tiernecitos pies y manos siquiera un ósculo reverente!

Pero si amable se mostró María en su nacimiento y lactancia, no lo fué menos en su presentación y en la vida que llevó en el templo. Tres años contaba cuando sus padres, fieles al voto que habían hecho de ofrecerla al Altísimo se disponían á conducirla á Jerusalén para que con las otras doncellas sirviese en el templo á la divina Majestad. Cuáles debieron ser en esta ocasión los sentimientos de Joaquín y Ana, y cuánto debió, naturalmente, costarles el apartar de sí á tal hija, y desprenderse de ella para siempre, considérelo quien sepa apreciar el amor de una madre y el valor de tal Hija. El sacrificio fué inmenso: sólo inferior al amor que tenían á Dios y á su resignación en la divina voluntad. ¿Quién es capaz de expresar las oleadas de afectos que se levantaron en el corazón de María y sus padres los días que precedieron á la subida al

templo? ¡Qué ansias las de la preciosa Niña por consagrarse enteramente al divino servicio! ¡Qué deseos los de Joaquín y Ana por cumplir su promesa, generosos por una parte, tristes y melancólicos, naturalmente, por otra! ¡Y qué paz tan suave y celestial bañaba sus almas en medio de estas avenidas de afectos y del fundado presentimiento que tenían de que ya no les volvería á cobijar el mismo techo! Entre tanto Ana hacía sus preparativos para el solemne acto, y de creer es que prepararía para su tiernecita y única hija los mejores vestidos, y que el día que emprendieron su viaje á Jerusalén saldría ésta ataviada con toda la elegancia que permitía su estado.

¡Oh! ¡cuán amable y modesta aparece en este punto la hija de cien reyes, el tesoro del cielo! ¡Con qué gusto saldrían á contemplarla, y también á acompañarla, las celestes jerarquías! ¡Cómo exclamarían, al verla, llenas de admiración: ¡Cuán hermosas son tus pisadas, hija del Príncipe! (1).

(1) Cant. VII, 1.

Escribe San Francisco de Sales que Joaquín y Ana llevaban en sus brazos gran parte del camino á su Hija, yendo ella por su pie algunos ratos, si bien ayudada siempre de sus padres. Esto se verificaba principalmente cuando iban por terreno llano; y entonces la gloriosa Niña alzaba sus manitas para coger las de sus padres, que la volvían á tomar en brazos al hallar algún mal paso ó camino áspero y pedregoso. Y si la dejaban andar, añade el Santo, era, no por descansar, pues el llevarla les servía de regalo, sino por el placer de verla dar unos pasos tan pequeñitos (1).

En llegando á Jerusalén, en la primera de las quince gradas por las que se subía al templo, dicen los autores (2) que «quitó Santa Ana á su Hija el vestidito de camino y le puso el que traía prevenido para aquella solemnidad; y que descuidándose un poco de ella, comenzó la Niña á subir, sin ayuda de nadie, las gradas, y de una

(1) Serm. de la Presentación.—(2) Fr. José de Jesús María, *Vida de Nuestra Señora*.

en una las fué subiendo todas quince tan fácilmente y con tanto orden, que no parecía que le faltaba nada para la edad perfecta, comenzando á descubrir el Señor en su niñez cuán apriesa y ordenadamente había de caminar á El en las demás edades».

Cuando después de recibida la bendición de sus ancianos padres y besada su mano, se dispidió de. ellos y fué introducida en las habitaciones interiores, donde vivían las demás doncellas consagradas al servicio del templo, ¿quién dirá los transportes de júbilo que sintió al verse dentro de aquellos muros, los inefables consuelos con que la inundó el Señor, las dulcísimas hablas que resonaban en sus oídos: «Oye, hija, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura, porque El es el Señor, Dios tuyo?» (1). No nos detendremos en describir la vida más angélica que humana que llevó María en el templo: fijémonos sólo en la bondad de su carácter, en la dulzura de sus

(1) Ps. XLIV.

modales, en la plácida serenidad de su rostro, en la suavidad de sus costumbres, con que se hacía amable á Dios y á los hombres. ¡Qué unida con su Amado! ¡Qué afable con sus compañeras! ¡Qué diligente en las labores propias de aquellas vírgenes, ya matizase de púrpura y oro las vestiduras sacerdotales, ya bordase magníficos tapices, ya, finalmente, trabajase en lana, biso y oro, con tanta delicadeza y primor que á todas aventajaba, y sobre todo ¡cuán pura y limpia de toda mácula, revelando al mundo la virtud sublime de los ángeles, y plantando al pie del tabernáculo la inmaculada azucena de la virginidad!

¡Oh, qué amable aparece María tremolando á los aires, en medio del tiempo y del espacio, el estandarte hermosísimo de las vírgenes, y seguida de esos innumerables coros de ángeles en la tierra que cercan al Cordero inmaculado, flores del cielo, generación hermosa, bandadas de palomas que cruzan los pantanos del mundo sin manchar sus alas con el fango que

enloda á los mortales! ¡Que amable se presenta María capitaneando á las Práxedes y Petronilas, á las Ineses y Emerencianas, á las Aguedas y Lucías, Eulalias, Casildas, Pulquerias, Teresas y mil y mil otras que brillan en el firmamento como lucientes estrellas en una noche serena! María fué la primera que, en un tiempo en que la virginidad era desconocida y la esterilidad un oprobio y una afrenta, si no un castigo del cielo, selló con voto irrevocable una promesa que, al parecer, la excluía de la gloria mayor que pudiera ambicionar ninguna mujer sobre la tierra: la gloria de ser algún día la madre del Mesías prometido.

Pero María fué también la primera que reunió en sí, en un grado de perfección de que los mismos ángeles no son capaces, dos virtudes tan sobrehumanas como la virginidad y la humildad. Y ¿qué extraño es que con ambas sea amable á los hombres, cuando por ellas fué tan amable á Dios que atrajo á su seno al mismo Verbo del Padre?

IV

María amable por su humildad.

SUBLIME es el cuadro que presenta en la Anunciación del ángel la casita de Nazaret, convertida en ameno paraíso por las fragantes flores de virtudes que allí brotan. Como en el antiguo Edén, entablóse aquí un famosísimo diálogo entre un ángel y la mujer, cuyas consecuencias fueron tan diversas como eran distintos los interlocutores, y distintos también los móviles que los impulsaban. Allí Eva y Satanás: aquí María y Gabriel. Eva, la mujer curiosa y antojadiza que al ver el fruto del árbol prohibido deja que se le vayan los ojos, cautivos de su belleza; tan vanidosa, que al fantasear que podía ser como Dios, conocedora del bien y del mal, cree sin más inquirir lo que le dice Satanás y atropella con los mandamientos del Criador, á quien prácticamente juzga

de engañador y envidioso.—Aquí el arcángel Gabriel y la Virgen, recogida, casta, prudente y, más que todo, humilde. Anúnciale Gabriel, de parte de Dios, la embajada más augusta y honorífica que se hizo y hará á ningún simple mortal; pero María, en vez de complacerse en sus alabanzas, se turba y tiñe de vergüenza sus mejillas; oye que se trata de sublimarla á la altísima dignidad de Madre de Dios, y no se arroja á aceptarla desde luego, ni da entrada en su pecho á la más leve complacencia, sino que, teniendo consagrada á Dios su virginidad, y estando resuelta á permanecer fiel y constante á su promesa, sin ánimo de aceptar dispensa ni relajación de su voto, pregunta con gran prudencia al ángel, no si es posible el misterio de un Dios hecho hombre, sino si ha de verificarse sin detrimento de su virginal pureza, porque antes de perderla está inquebrantablemente determinada á no ser Madre de Dios. Resolución sublime que sólo Dios, autor de toda pureza, puede dignamente apreciar. Satisface el ángel sus dudas;

asegúrala de su inviolable integridad y aguarda con ansia su respuesta. Aguardábanla también las tres divinas personas. Este es el instante más solemne que ha existido en el círculo de los tiempos. Cielo y tierra están suspensos de los labios de María. Pende de su palabra el que tengan pronto cumplimiento las profecías, que las nubes envíen su rocío y brote de la tierra el Justo. ¿Quién no creyera que en esta situación, satisfechos ya todos sus recelos, había de abandonarse María á transportes de entusiasmo y salir, como fuera de sí, entonando cánticos de alegría y gratitud? ¿Qué hubiera dicho Eva, qué no habría hecho en caso semejante, oyéndose llamar Madre de Dios? Pero María se limitó á decir: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí, según tu palabra* (1). ¡Oh, qué amable se representa María en este cuadro! En el mismo momento en que se le confiere la dignidad más augusta, se reconoce ella humilde esclava del Señor, y al dar el consen-

(1) Luc., I.

timiento que para aquella sublime dignidad se le exige, no se olvida de poner por condición que, si la acepta, ha de ser permaneciendo virgen, según la palabra del ángel. Razón tenía San Bernardo al afirmar que María agradó á Dios con su pureza, pero que le concibió con su humildad (1); porque es indecible lo que con este su modo de proceder complació á las tres divinas personas y el cúmulo de gracias y méritos que alcanzó. Esto supera toda humana comprensión.

Detiénense aquí los autores ponderando el efecto de las palabras de María, principalmente su portentoso *fiat, hágase;* y lo comparan con el *fiat* de Dios en la creación del universo. El *fiat* de Dios, dicen, sólo dió el sér á las criaturas: el de María da el sér humano al mismo Dios: el de éste sacó los mundos del seno de la nada; el de María al Hijo de Dios del seno del Padre; el de Dios nada añadió á sus grandezas y perfecciones; el de María produ-

(1) *Virginitate placuit, humilitate concepit,* Hom. 1 in *Missus est.*

cen ella efectos maravillosos, puesto que la hace Madre de su Criador y la enriquece con las prerrogativas propias de tan excelsa dignidad: el de Dios le dió imperio sobre criaturas caducas; el de María se lo da sobre el mismo Dios, hecho Hijo y súbdito suyo. De suerte que si nada se hizo sin la palabra de Dios, nada se restaura sin la palabra de María. ¡Estupendos efectos de la humildad de la Virgen!

Esta misma humildad la impulsó á visitar á su prima Santa Isabel. Joven y delicada, amante como ninguna del retiro, apenas sabe María por el ángel el estado de su prima, sale presurosa en dirección á la montaña para tributar á Isabel homenajes de respeto y cariño, y hacer con ella oficios de la más tierna y acendrada caridad. No repara en que no ha recibido ni de Isabel ni de Zacarías el menor aviso, ni en que delante de Dios su dignidad es infinitamente mayor que la de la madre del Bautista, ni en que la distancia que ha de recorrer es mucha y trabajosa, y en que, en fin, no faltan á la acomodada familia del sacerdote

de Aarón numerosos y fieles servidores. En nada de esto repara, y, sin vacilar ni detenerse, emprende una visita que, como es pura y santa en sus móviles y principios, ha de ser también santa y fecunda en sus resultados. ¿Y dudaremos en afirmar que María es soberanamente amable?

Pero más resalta aún la amable humildad de María después de su vuelta á Nazaret. ¿Quién ignora las perplejidades del glorioso patriarca San José respecto de su esposa inmaculada? ¡Qué olas de angustia cercaban el corazón de aquel hombre justo! Indeciso, turbado, presa de congojas indecibles, va á tomar la resolución extrema de ausentarse de su casa secretamente, dejando á María sola y destituída de todo humano auxilio. ¡Ah! ¡los motivos son tan graves! ¡la necesidad tan imperiosa!... Y María conoce por su parte la turbación de José, y ve la causa de donde procede, y sabe que con una palabra podría calmar aquellas olas, serenar aquella frente, afianzar el ánimo de su esposo y obligarle á que no la abandonase. Pero la hu-

mildad le aconseja que no diga esa palabra, que fíe de Dios el éxito de su causa. Y María calla, y se abandona totalmente en manos de la divina Providencia, devorando en silencio la amargura de sus penas. Y entre tanto redobla su fervor, prodiga sus obsequios al glorioso Patriarca, sírvele con más esmero, está más atenta y solícita, disimulando el cruel martirio que pasa en su corazón.

V

Mater amabilis.

INTERMINABLES nos haríamos si hubiéramos de seguir paso á paso las distintas épocas de la vida de María, en las cuales campea su celeste amabilidad. Bien que cuanto pudiéramos decir se cifra y compendia en aquel hermoso título que le da la Iglesia: *Mater amabilis*. Porque en efecto, ¿hay cosa más amable que una Madre-Virgen? ¿Quién no ha sentido enternecerse su alma al contemplar á nuestra Señora en Belén, en Egipto ó en Nazaret? ¿Quién no ha mirado absorto más de una vez á esta Virgen inmaculada, candor de la luz eterna y espejo sin mancilla, ora adorando al divino Infante, ó en ademán de inclinar blandamente su cabeza sobre el tiernecito pecho de Jesús, ora levantándole en brazos, ó imprimiendo en sus ojitos dulces ósculos, ó meciéndole

suavemente en sus rodillas, adormeciéndole con blandos arrullos ó lactándole á sus virginales pechos? ¿Quién no la ha acompañado con su imaginación por los desiertos de Egipto, huyendo de la crueldad de Herodes con el santísimo José, para salvar la vida de Jesús, á quien servían sus maternales brazos de litera, y á quien apretaba contra su pecho, queriéndolo meter dentro de su corazón al asomar cualquier peligro ó al agitar el viento en las nocturnas horas las ramas de los árboles? ¿A quién no ha parecido amable María cuando la ha considerado tejiendo la túnica inconsútil de su Hijo, ó probándole sus elegantes y limpísimos vestiditos, ó cuando rompió á hablar Jesús y por primera vez la llamó con balbuciente lengua por su nombre, y la apellidó *madre* suya?

Pero no pasemos tan de corrida que no nos detengamos á considerar la amabilidad de esta divina Señora en su casita de Nazaret, ya que allí se nos presenta como perfecto modelo de todos los estados. Veámosla mientras Jesús ayuda á San José en las tareas

de su oficio, empleada Ella en los quehaceres demésticos, semejante á la mujer fuerte que describe Salomón. La hija descendiente de David no tiene á menos tomar en sus finas manos la escoba, y limpiar con tanto aseo la casa, que la deja hecha una taza de oro. A las primeras horas de la mañana ó á la caída de la tarde, veámosla, esbelta cuanto modesta, dirigirse á la fuente, y volver, como las hijas del pueblo, con su ánfora ó cántaro lleno de agua en la cabeza. Sin perder nunca el recogimiento interior, aparece siempre jovial, risueña, henchida ei alma en celeste paz, que se refleja en el manso lago de su frente ó en el cielo de sus hermosas pupilas. En los ratos que le dejan libres sus ejercicios de oración y lecturas santas, voltea con gracia el huso y maneja con sus ágiles dedos la aguja, haciendo labores primorosas, con que ayude á José ó socorra á los necesitados. Nada melindrosa ó esquiva, ora esté en silencio, ora consuele y alivie á los pobres que acuden á su puerta, siempre se la encuentra afable, contenta con su suerte,

amante de sus ocupaciones, solicita en prevenir y adivinar los menores deseos de las dos dulces prendas de su alma; y es cosa que arrebata ver el gusto con que adereza la frugal comida que ha de sustentar á José y nutrir el cuerpo santísimo de Jesús, que más tarde, cuando llegue la hora, ha de sacrificarse en la cruz para la redención del mundo! (1).

Cosas son estas en las cuales á todas luces se revela cuán amable es María. Esto era lo primero que nos propusimos demostrar. Veamos ya en la segunda parte cuán amante es.

---

(1) San Buenaventura (*Contemplación de la vida de nuestro Señor Jesucristo*, cap. xv) dice que "Nuestra Señora trabajaba con la rueca, con la aguja y en el arte de tejer. Hacía también los otros servicios de casa, que son muchos: guisaba de comer para el Esposo y para el Hijo, y hacía las cosas que eran menester, porque no tenía quien la sirviese. Ten compasión de Ella, que necesita trabajar con sus manos, y compadécete asimismo de nuestro Señor Jesús, porque le ayudaba fielmente y trabajaba en las cosas que podía„.

PARTE SEGUNDA

MARÍA AMANTE

I

María amante en su purificación.

TODA la vida de María santísima se empleó en amar á Dios, y por Dios al hombre. Desde el seno materno comenzó con el uso de la razón y del libre albedrío que le fué dado á cumplir perfectamente este precepto, en que se cifran y resumen los mandamientos de la ley y de los profetas. El primer acto que ejercitó fué un acto de amor y reconocimiento á la divina Majestad, primer eslabón de esa cadena de oro preciosísima de amor y virtudes, nunca interrumpida y sin cesar prolongada, cuyos anillos, infinitos en número para nosotros, sólo

Dios que los galardonó puede contarlos. Pasmábanse los ángeles y velaban el rostro con sus alas, casi diríamos de vergüenza, al ver su propia tibieza en amar, cotejada con los purísimos ardores de su Reina, y gozábase Dios en la obra maestra de sus manos, y sentíase atraído como con poderoso imán hacia ese corazón inmaculado que sólo latía y palpitaba por El. Mejor que el Esposo de los Cantares podía decirle que le había herido el corazón con las flechas de su amor (1).

Fijándonos en algún paso concreto de Nuestra Señora, en el cual campee el amor de que vamos tratando, aunque hay innumerables que superan nuestra flaca comprensión, como por ejemplo: el de la Encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas; el del nacimiento de su divino Hijo, cuando lo reclinó en las frías pajas del pesebre y lo vió como precioso joyel colgado de su cuello, ó durmiendo en su regazo, divina perla de los cielos en-

(1) Cant. IV, 9.

cerrada en la hermosa y blanda concha de sus brazos; ó bien en el paso de la circuncisión, cuando derramó Jesús por el hombre las primicias de su sangre y recibió un nombre sobre todo nombre; con todo, preferimos detenernos en el misterio de la purificación, porque en él rayó tan alto el amor de María hacia Dios y los hombres, que llegó al extremo de sacrificar lo que más amaba como Madre y como Virgen purísima: su propio Hijo, ofreciéndolo ya desde entonces para el rescate del mundo, y la honra de su virginidad y de su pureza, compareciendo á la vista de todos como mujer vulgar y pecadora. Cuánta fuese la inmensidad de este sacrificio y del amor que lo impulsaba, considerenlo las almas puras y piadosas, colocándose hipotéticamente en el caso en que la Virgen se hallaba. Bien hubiera podido exclamar quien no amase tanto á Dios como María: Señor, ¿y para exigirme tan pronto el sacrificio de Jesús me habéis hecho su Madre? ¿En esto habían de parar la salutación y promesas del ángel, en el terrible vatici-

nio del anciano Simeón: «Este Niño está destinado para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción de los hombres, y una espada de dolor trasp sará tu misma alma?» (1).

Sin embargo, nada de esto dijo María, y ofreció con irrevocable generosidad su único tesoro, más amado que su propia vida. Y confesémoslo: la espada predicha por Simeón nunca se apartó de los ojos de la Virgen. ¡Ah! cuando después fijaba sus dulces miradas en Jesús y contemplaba aquel gracioso semblante y bien formada cabecita, representábasele de pronto el infausto momento en que los judíos le escupirían al rostro y le coronarían de espinas. Si embebida en suavísimos pensamientos, tomaba con sus manos las blandas manitas de Jesús y las acercaba maquinalmente á sus labios para besar sus palmas, no pasaba mucho tiempo sin que le asaltase la idea de que un día las había de ver sujetas con duros clavos al madero de

(1) Luc., II, 34-35.

la cruz. Durmiendo y velando, quieto ó moviéndose, en cualquier actitud que viese á su Hijo, al punto resonaban en sus oídos las palabras de Simeón; y cualquier circunstancia, suceso ó acción, eran bastantes para renovar la memoria de la terrible profecía.

¡Cruel y prolongado martirio que asemejó á la Madre con el Hijo, é hizo que como éste no estuvo un momento sin padecer, así ella le acompañase en las penas del alma! Pero ¡con qué valor y heroica fortaleza abrazó ese martirio del corazón! ¡Cómo se ofrecía diariamente en holocausto perfecto por el amor hacia Dios y la salud de los hombres! Quien no sabe padecer, no sabe amar: el amor se prueba en el sacrificio; y era muy natural que quien amó tanto como María, padeciese también en su alma como ninguno después de Jesucristo.

II

María amante en la pérdida de su Hijo.

VIÓSE esto manifiestamente cuando, por divina dispensación, se quedó Jesús oculto en Jerusalén, y anduvo la afligida Madre buscándole con el santísimo José durante tres días. ¡Oh! ¡qué desamparo éste tan cruel para un corazón como el de María! ¡Perder á Jesús y no encontrarle! Los que por desgracia amamos poco á Jesús, ó no conocemos su valor y precio, no es maravilla que no sepamos apreciar ni sondeemos el profundo dolor de la que tanto le amaba y tan bien le conocía. ¡Miserable dureza y estupidez la del hombre que pierde por su culpa á Jesús, y no se afana en buscarle y recobrar su gracia!

No se condujo así la Virgen. Luego que advirtió que el divino Niño había desaparecido, desolada por la vehemencia del amor, corrió en su busca,

desanduvo el camino hasta Jerusalén, preguntó á cuantos hallaba si habían visto al amado de su alma; y si no interrogó á las soledades del bosque, á los árboles que orlaban las márgenes del camino y á las sierras que se empinaban hasta el cielo, era porque ni las sierras ni los árboles habían de contestar á su voz. ¡Ah! ¡Si las estrellas que tachonaban el firmamento, ó la luna que enviaba torrentes de luz, hubiesen podido decirle dónde se albergaba el hechizo de su alma, ó disipar por lo menos sus temores!...

Porque una de las espadas que más punzaban su corazón era el pensar si por ventura había llegado la hora del cruento sacrificio, y si los judíos, que ya en la cuna habían puesto asechanzas á Jesús, herederos del odio que le profesó Herodes, se habrían apoderado de El y dádole la muerte. ¡Y ella no estaba á su lado para compartir sus penas y arrostrar su suerte! ¿Qué falta había cometido para verse privada de tal dicha? ¿Acaso se había disgustado de ella Jesús, y había querido castigar sus descuidos con esta

ausencia? Repasaba minuciosamente su conducta, y aunque no le remordía la conciencia, y aunque recordaba que entre los dos reinó siempre la más perfecta conformidad de voluntades y pareceres, y que ella más que en su propio corazón moraba en el de su amado Jesús, todavía la humildad le hacía recelarse de sí y temer donde no había de qué. ¡Oh días de mortal congoja para ella y el glorioso San José, congoja sólo comparable al inmenso amor que le profesaban!

No dejemos pasar en balde este ejemplo de María, y aprendamos de ella la solicitud y presteza con que hemos de buscar á Jesús, si tenemos la desgracia (no lo permita Dios) de perderlo por la culpa.

III

María amante en la vida pública de Jesús.

PARA apreciar dignamente la conducta de María durante la vida pública de su santísimo Hijo, es preciso considerar de antemano la situación respectiva de entrambos y el papel que cada cual, según los divinos decretos, debía representar. Jesús, durante los años de su predicación, no es ya meramente el hijo de la esposa del carpintero, que vive sólo para su madre en el taller oculto de Nazaret: es el Mesías prometido á las gentes, enviado por el Eterno Padre para ser luz del mundo, igual en todo á El por su naturaleza divina, y atento á cumplir sus más mínimos preceptos y á buscar su mayor gloria. Por consiguiente, el ministerio de Jesús es un ministerio público, en el que la carne y sangre no deben tomar parte ninguna. Sus

palabras, sus acciones, todo su continente y modo de proceder revelarán al Dios-hombre, que viene á establecer el reino de los cielos sobre la tierra, adoptando por ciudadanos de este reino, é hijos de su Padre celestial, á cuantos crean en Él y reciban su doctrina. Por esto al dirigirse á las turbas que le hablaban de su Madre y de sus hermanos, Jesús, señalando á los Apóstoles y discípulos que le seguían, dijo: «Estos son mi Madre y mis hermanos, como cualquiera que oye la palabra de Dios y la guarda» (1). En las cuales palabras no rebajó en nada á su Madre, porque fué la primera que, con infinitas ventajas sobre todos y con perfección infinitamente superior á todos, creyó y obedeció al Altísimo, siendo por esto bienaventurada, al decir de Santa Isabel (2).

En efecto; María, sin dejar de ser y presentarse, cuando conviene, como Madre de Jesús, aparece más de ordinario exteriormente como discípula amante y fidelísima del Redentor de

(1) Luc., VIII, 21.—(2) Luc., I, 45.

los hombres, á quien sigue en compañía de otras piadosas mujeres. No esperemos durante la vida pública del Salvador que se abran los cielos y resuene en los aires desde el seno de una nube la voz misteriosa: Esta es mi Hija ó mi Madre amada, en quien siempre me he complacido; ni que en el monte Tabor asista á la gloriosa transfiguración del Hijo de sus entrañas; ni que en el solemne acto de la promesa ó institución de la Eucaristía se la vea tomando parte al lado de su Hijo ó al frente de los Apóstoles. Dios nada hace superfluo ó inconveniente, y no era este el puesto de María. Cuando Jesús le dirige la palabra en público, lo cual hace raras veces, nunca le da el regalado título de madre, por más que tengan cuidado los Evangelistas de avisarnos que lo es, ni la apellida con expresiones de cariño y de ternura; llámala de ordinario *Mujer*, porque este es el nombre que mejor cuadra al carácter y fines del que habla como Dios y sacerdote, según el orden de Melquisedech, y tam-

lencia, el tipo y restauradora de la mujer decaída.

Sin embargo, estos diferentes aspectos en nada disminuían, claro está, el recíproco afecto que Hijo y Madre se profesaban, ni alteraban tampoco las íntimas relaciones que á entrambos unían. Buena prueba de ello nos ofrecen las bodas de Caná, á las que asistió Jesucristo en compañía de su Madre y de los demás apóstoles. Ya se sabe que cuando en el nupcial banquete llegó á escasear el vino, la Virgen, deseosa de evitar á los desposados el consiguiente sonrojo, llena de caridad, advirtió á su Hijo la falta para que la remediase. Era esto pedirle un milagro, y Jesús aún no había en público comenzado á hacerlos. Entonces fué cuando pronunció aquellas célebres palabras: Mujer, ¿qué nos va á ti y á mí en esto? Palabras en apariencia duras, con las cuales parecía querer desentenderse de la súplica que se le hacía; pero cuyo sentido penetró perfectamente la Virgen cuando, dirigiéndose á los que servían, les mandó hiciesen lo que su

Hijo les dijese. Obróse el milagro, y muchos creyeron en el que había convertido el agua en exquisito vino. Así la intercesión de María aceleró la hora de los prodigios, y á sus ruegos obró Jesús en público su primera maravilla.

Lo que la Virgen debió sentir en su corazón de madre al ver que muchos creyeron en su Hijo, es excusado decirlo. No hay quien no lo comprenda. Cada triunfo, cada prosélito que su Hijo conquistaba, llenábala de inefable y pura satisfacción, no ciertamente humana sino celestial. Cuando le veía seguido de las turbas ávidas de su doctrina, aclamado de los pueblos, cuyos enfermos sanaba, y hasta vitoreado de los niños y de los pobres, cuyo amparo y defensor era, su pecho rebosaba de purísima alegría y no cesaba de bendecir al Señor porque había enviado al Redentor y Maestro del mundo. Mas cuando reparaba en la envidia de los fariseos, en la dureza de muchos judíos, en la ingratitud de los de su patria y en las bastardas ambiciones de los suyos; cuando oía

los improperios que á las veces le dirigían, los lazos que le armaban, ó veía quizá á sus enemigos alzadas las manos para apedrearle, á El, que había pasado por todas partes haciendo bien, contristábase profundamente su alma y recordaba el vaticinio del anciano Simeón.

¡Cuántas lágrimas derramó en silencio para alcanzar de Dios la conversión de estos espíritus obstinados! ¡Cuántas noches pasó en vela, orando por su pueblo! ¡A cuántos redujo con sus plegarias al buen camino, y les alcanzó la fe en su Hijo! Porque no hay que olvidarlo; María repartía los afectos de su corazón entre Dios y los hombres: á Dios y á los hombres amaba incesantemente; su manjar era hacer la voluntad del Padre y dar á conocer á Jesucristo en la manera que podía, principalmente por medio del apostolado eficaz de la oración. Para sí nada se reservaba sino la obscuridad, el anonadamiento, y, hasta si se quiere, el desvío exterior que en ciertas ocasiones parecía mostrarle su Hijo. En este desvío exterior, más

aparente que real, y en este anonadamiento y obscuridad se gozaba la Virgen, deseando eclipsarse por completo para que resaltase más la persona divina de Jesús, y fuese de todos glorificado.

IV

María amante en el Calvario.

LLEGAMOS al punto más culminante de la vida de nuestra Señora con respecto á su divino Hijo y á todos los hombres. Si María, durante la vida pública de Jesús, permanece oculta y confundida con las piadosas mujeres que siguen al Salvador y se aprovechan de su doctrina, en el Calvario, y acompañada de las mismas, tiene un lugar preeminente y puesto fijo al lado de la Cruz. De pie, absorta en sublime éxtasis de dolor, con una constancia varonil y noble intrepidez, que manifiesta al mismo tiempo la más perfecta conformidad y la pena que destroza su alma, María, viva estatua del dolor resignado, no podía hallarse ausente de la montaña santa cuando iba á inmolarse el Cordero por la salvación de los hombres. María no podía faltar á su misión. Y no faltó.

Entraba en los designios de Dios que así como la caída del linaje humano se había verificado á la sombra de un árbol; así en otro árbol, en la Cruz, se obrase su rehabilitación, y que fuese vencido en la Cruz quien en el árbol del paraíso había salido vencedor. Y como en el paraíso un hombre y una mujer despeñaron al género humano en el hondo abismo de la muerte, y fueron causa de su ruina, así también quiso Dios que por otro hombre, Jesús, y por otra mujer, María, se obrase la salud de las gentes. «Es cierto, dice Ventura de Ráulica, que todo el mérito del sacrificio de la Cruz para nuestra salvación procede de que esta carne (la de Jesucristo) está substancialmente unida á la persona del Verbo, y que en él y por él es elevada, ennoblecida y hecha capaz, en la fragilidad humana, de dar una satisfacción de valor infinito, digna, por tanto, de Dios.

»Pero si, en cuanto á la grandeza del mérito, la persona del Verbo lo es todo en la ofrenda de este sacrificio, la humanidad, en la cual se ofrece, lo

es todo en cuanto á su cumplimiento exterior. Pues bien; esta humanidad es el fruto de las entrañas de María: ella la alimentó con su leche, ella la dió voluntariamente y la ofreció para la cruz por su conformidad y obediencia... Jesucristo se entrega en sacrificio y le da un valor infinito: María suministra la víctima.

»En el paraíso terrenal Adán pecó más gravemente que Eva. El pecó en cualidad de cabeza y padre de toda nuestra especie; su pecado, es, pues, el que se transmite á todos los hombres. Mas este pecado que todos cometimos en Adán, que todos recibimos en Adán, lo consumó el primer hombre con la fruta que Eva había cogido, que Eva llevó, que Eva ofreció á su esposo, persuadiéndole que la comiese (1), y y por lo mismo el pecado de Adán es también el de Eva. Aunque el pecado de Adán sea propiamente el que nos causa la muerte, esta muerte, sin embargo, procede de la cooperación y de las manos de Eva... Así también la

(1) Gen., III, 6.

justicia que hemos obtenido en Jesucristo, y que recibimos de Jesucristo, la mereció El en la carne que María le suministró, ofreció y dió voluntariamente. Por esta razón el sacrificio de Jesucristo es también de María. Y aunque sólo Jesucristo sea propiamente el que nos engendra y vivifica, sin embargo, esta vida nos viene también por la cooperación y por las manos de María» (1).

Ahora bien, ¿no era conveniente y muy puesto en razón que María se hallase en el Calvario para unirse con Jesús y consumar con El el sacrificio?

Pero había además otra razón poderosísima, y más apremiante aún. Antes de expirar Jesús en la montaña santa tenía que hacer su testamento, dejar sus últimas mandas, legar al mundo su postrera voluntad; para todo lo cual era indispensable la presencia de María. Quería Jesucristo, en el exceso infinito de su amor, dar á los hombres antes de morir el don más

(1) Ráulica, *La Madre de Dios madre de los hombres*, 2.ª p., cap. xv.

excelente que podía: darles por madre su misma Madre, y obligarlos también á que la amasen y honrasen como hijos.

En efecto; después de haber rogado en la cruz por sus perseguidores y prometido el cielo al venturoso ladrón que le había confesado, el moribundo Jesús, llagado en todo su cuerpo, desangrado, sufriendo indecibles tormentos desde la cabeza, atravesada con punzantes espinas, hasta los pies, que se desgarraban por las aberturas de los clavos, lanzó su divina mirada sobre la Virgen Madre y el discípulo Juan, y con acento sublime que conmovió las entrañas de María, le dijo señalando al discípulo: *Mujer, he ahí tu hijo*. Y á Juan: *He ahí tu madre* (1).

Palabras misteriosas, cuyo alcance y eficacia no siempre tenemos presente. Porque San Juan no era sólo el discípulo amado: era el representante de todos los hombres: era toda la Iglesia personificada en él. Y al dar á Juan por madre su misma Madre, nos la

(1) Joan., XIX, 26-27.

daba á todos: la daba á la Iglesia universal; y al encargar á Juan que mirase por María, hacía este encargo á la Iglesia y recomendaba á todos los hombres que tuviesen muy en el corazón á esta divina Señora, su honra, su culto, su devoción.

Sí; todos los hombres somos hijos de María: María es nuestra Madre. En la cima del Gólgota, entre agonías de muerte, combatida de olas de tristeza, nos engendró y dió á luz para Cristo. En aquel momento sublime, al resonar en sus oídos la voz solemne de su Hijo, su corazón experimentó hacia todos los hombres afectos verdaderamente de Madre. Porque las palabras de Cristo fueron obradoras y eficaces; y como al decir Dios, *hágase la luz,* la luz fué hecha; así, al pronunciar Jesús: *He ahí tu hijo*, despertáronse en María sentimientos de Madre tierna y cuidadosa hacia todos los hombres; ya que la compasiva Señora ni entonces ni nunca puso el menor obstáculo á la acción de Dios.

Pero ¡ah! ¡cuánto costamos á tan buena Madre! ¡Con qué acerbos dolores

nos dió á luz en el Calvario! Porque la verdad es que María sufrió allí un martirio tan cruel que, á no sustentarla la poderosa diestra del Altísimo, hubiera mil veces sucumbido á la fuerza del dolor. ¿Quién padeció más en su alma que María? Si el dolor es á la medida del amor, ¿no amó la Virgen á su Hijo más que todas las madres juntas han amado á sus hijos? Las otras madres dividen su amor y ternura entre los varios hijos, si los tienen, ó cuando no, la naturaleza ha repartido entre el padre y la madre el amor que se debe al vástago que engendraron. Jesús era hijo único de María, y únicamente de María que lo concibió de su purísima sangre, sin intervención de ninguna criatura; por manera que en sólo ella se reconcentraba el cariño que tienen los que dan á otros el sér.

Además, si el amor es proporcionado al objeto que se ama, ¿quién hubo ni pudo haber jamás tan digno de ser amado como Jesús? ¿Y quién, como María, conoció lo que Jesús merecía ser amado? Por otra parte, si el ver

perseguido y maltratado al inocente nos mueve á amarle, aun cuando antes no le hayamos tratado ni conocido, ¿cómo no había de acrecentarse el amor en el pecho de María al ver puesto en la cruz y en tal figura al Hijo purísimo de sus entrañas, tan bueno, tan inocente y compasivo que á todos hizo bien y á ninguno mal? ¿Cómo no había de reventar su pecho de pena y de amor, viéndole tan diferente de como estaba en Nazaret á su lado, comiendo á su misma mesa y regalándose con Ella en celestiales pláticas? Además, y esto es lo principal, María en Jesús amaba, no á un hombre, sino á un hijo suyo, que era á la vez hombre y Dios; y ver morir á un Dios es cosa que hace romper de sentimiento las peñas y abrirse por sí mismos los sepulcros. Pues todo eso que padeció María, y que la lengua no alcanza á decir, lo padeció por nosotros, por nosotros, hijos de sus dolores... ¡Ah! quien después de esto no la ame, quien no se precie de ser su hijo, no merece ser hombre; más le valiera no haber nacido.

V

María amante después de la Ascensión del Señor.

UNO de los más largos períodos de la vida de la Virgen santísima, y acerca del cual guardan los libros santos profundo silencio, es el que media desde la gloriosa Ascensión de Jesucristo á los cielos hasta la muerte y Asunción de María. Fuera de lo que cuenta el libro de los *Hechos de los Apóstoles* relativo á la venida del Espíritu Santo, donde aparece la Virgen recogida y orando con los demás discípulos, ninguna otra cosa nos dicen, y lo que causa al parecer más extrañeza, ni el mismo apóstol San Juan, con quien la Virgen vivía, hace mención de ella en sus cartas. Y es que, al decir del P. Suárez, eran parcos en tratar de nuestra Señora, á fin de que los fieles tuviesen ancho campo para investigar y contemplar lo que ellos emitieron.

Mas lo primero que se ofrece á la piadosa consideración es preguntar por qué quiso el Señor, subiéndose á los cielos, dejar por tanto tiempo en la tierra á su benditísima Madre. ¿Qué atractivo podía tener para ella el desierto del mundo, teniendo su tesoro, y por consiguiente su corazón, en el cielo? Si San Ignacio de Loyola no podía alzar sus ojos á mirarlo sin que se le humedeciesen en lágrimas, y le pareciese la tierra vil escoria, ¿qué había de sentir la Vírgen cuando mirase el manto azul del firmamento bordado de estrellas, ó viese arrebolarse las nubes á la hora en que su divino Hijo subió triunfante á los palacios de la gloria?

Es verdad que se quedó en el mundo para ser el consuelo y maestra de la naciente Iglesia, que estuviera huérfana de padre y madre sin Jesús y María; pero esto mismo, ¿qué sacrificio no era para su corazón, que podía repetir á cada instante: ¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado! Si el apóstol San Pablo deseaba ser desatado de las ligaduras del cuerpo para

verse con Cristo, ¿qué pensar de la Reina de los cielos y Madre del Redentor?

Sin embargo, admiremos en este punto el heroismo de María. Mucho mejor que San Martín decía ella á su Hijo: Si para el bien de la Iglesia conviene que permanezca aún en el mundo, no lo rehuso: he aquí la esclava del Señor: aguarden los ángeles que desean verme pasar por entre sus coros; esperen aún los patriarcas y profetas que me contemplaron en sus visiones; repriman su anhelo mis padres Joaquín y Ana, y mi esposo José, que vivamente ansía tenerme á su lado ó estrecharme entre sus brazos; á mi gusto y descanso antepongo la divina voluntad; soy Madre de los hombres; á ellos, mientras Dios lo quiera, consagraré mi presencia corporal.—Esto es amar con pureza y desinterés.

Y en efecto, con tanta pureza y desinterés amó á Dios y á los hombres, que por ellos vivió lo restante de su vida mortal, hasta los setenta y dos años de edad, según la opinión más corriente y recibida. Años verdadera-

mente divinos, que no hay lengua de carne capaz de explicar ó describir. Ocupada, ora en altísima contemplación, ora en las tareas cotidianas propias de su sexo, la Virgen era el oráculo de los apóstoles, la maestra de la vida cristiana, el consuelo de todos. ¡Qué recogimiento el suyo cuando, retirada en las habitaciones silenciosas de la casa de Sión, pasaba largas horas meditando los misterios de la vida y muerte de su Hijo! Pobre era el ajuar de su aposento, y en él sin duda conservaría como preciosas reliquias los instrumentos de la Pasión y parte de las vestiduras de Jesús, que la solicitud de los apóstoles y discípulos había podido rescatar de manos de la soldadesca. ¡Cómo guardaría la Virgen estas reliquias, y acercaría á ellas sus labios con maternal cariño y reverencia!

¡Con qué fervor y transportes de júbilo se acercaría á recibir en la divina Eucaristía á su Hijo sacramentado, y estrecharía en éxtasis de amor contra su pecho al mismo que en sus purísimas entrañas se hizo hombre por

nosotros!... ¡Cuántas veces recorrería el camino del Calvario y se detendría en las estaciones de esta *vía dolorosa* para contemplar los pasos que anduvo el Señor! Y le vería en espíritu con la cruz á cuestas, ó derribado en tierra bajo su peso; y percibiría aún el clamoreo de la chusma y los improperios de los príncipes, y más que todo, las dulcísimas palabras de Jesús pendiente del santo madero, que le hablaba y miraba por última vez antes de morir... ¡Oh! en todas estas ocasiones, ¡cómo pedía á Dios con gemidos inenarrables que la sangre preciosísima de su Hijo no fuese infructuosa y estéril para el mundo! ¿Y quién duda que muchos lograrían por sus plegarias la conversión?

Rodeada otras veces de los apóstoles y discípulos, de las santas mujeres que la acompañaron al Calvario y de cuantos de día en día se declaraban amigos de Jesús y se acercaban á Ella para recibir enseñanzas y consuelos, ¿con qué celestial unción les declararía los misterios de la vida oculta de su divino Hijo, y enseñaría, según la

oportunidad y discreción lo demandaban, lo concerniente al nacimiento é infancia del Niño, á su inefable concepción, á las escenas que pasaron en las montañas de Judea, en casa de Isabel y Zacarías?

Y cuando, declarada la persecución de los judíos contra los discípulos de Cristo, era apedreado Esteban y moría pidiendo á Dios perdón por sus verdugos, ¿qué sentimientos tendría la bienaventurada Virgen, qué lágrimas derramaría sobre la ingrata Jerusalén, como en otro tiempo Jesús, y qué palabras de aliento dirigiría á los valerosos soldados que así caminaban tras las huellas de su divino Capitán?

En Jerusalén ó en Efeso, donde también vivió con el evangelista San Juan, ahora estuviesen juntos, ahora dispersos los apóstoles, ¡cómo procuraba María con ferventísimas oraciones, cuando no de otra manera, infundir en sus almas generosos esfuerzos y vigor invencible! ¡Cómo se alegraba de sus triunfos y se condolía de sus penas! ¡Cómo luchaba Ella con el cielo, mejor que Jacob con el ángel y

Moisés en el monte, para que sus hijos obtuviesen la victoria!

Buen testigo es de ello Santiago apóstol, patrón de España; buen testigo el Pilar de Zaragoza, y toda nuestra nación, que visitada misericordiosamente aun en carne mortal por la celestial Señora, se gloria y gloriará siempre de ser *Patrimonio de María.*

PARTE TERCERA

MARÍA AMADA

I

María amada de Dios.—Las tres coronas.

SOLÍAN antiguamente los emperadores cristianos, que con gran pompa y solemnidad se coronaban, recibir tres coronas diferentes y de distinta significación. Recibían la primera en Aquisgrán, ciudad de Alemania, de mano del Arzobispo de Colonia, y ésta era de hierro, para significar la fortaleza con que habían de abatir el orgullo y soberbia de los infieles y rebeldes á la Iglesia. La segunda la recibían en Italia de manos del Arzobispo de Milán, y era de plata, para indicar la pureza de su vida y la claridad de sus obras. La tercera dá-

basela el Pontífice en Roma, la cual era de oro puro, como si se quisiera significar que, cuanto el oro aventaja á los demás metales, tanto excedía la dignidad imperial á la de los demás príncipes de la tierra.

No será fuera de propósito valernos de esta augusta ceremonia para explicar la coronación de la santísima Virgen en el cielo por las tres divinas personas, ya que á ello parece convidarnos la misma sagrada Escritura, que hablando con Ella le dice: «Ven del Líbano, Esposa, ven del Líbano; ven, y serás coronada» (1). El significado de estas tres coronas de nuestra excelsa Reina, lo explica el Padre Fr. José de Jesús María por estas palabras:

«La primera corona recibió del Espíritu Santo en significación de innumerables victorias, todas insignes, que alcanzó de fuertes y poderosísimos contrarios, nunca antes con tanta fortaleza y valor vencidos. Porque hasta entonces ninguna criatura humana

(1) Cant. IV, 8.

había acertado á jugar con tanta destreza las fuertes armas de la gracia, y en particular fué significación de la que alcanzó de la serpiente antigua, soberbia con mil trofeos que en el mundo había alcanzado. Esta victoria fué señaladísima por cinco circunstancias que en ella concurrieron: La primera, que siendo mujer, y tan flaco el género de las mujeres, venció en guerra sangrienta y porfiada un orgulloso y poderosísimo enemigo, acostumbrado á echar vencidos por tierra ejércitos enteros. La segunda, le venció no con cualquier herida, sino con golpe incurable... La tercera, que le quebró, no brazo ni pierna, sino la cabeza, adonde tenía la ponzoña, que es golpe mortal y sin remedio. La cuarta, que no quebró la cabeza á cualquier demonio, sino al príncipe de los demonios. La quinta, que le venció despojándole de sus mismas armas, que hace la victoria más gloriosa. Porque las armas con que este enemigo hace la guerra al hombre, son los vicios, y éstas le quitó la Virgen con las virtudes contrarias á ellos, que ejercitó en

más heroico grado que otra pura criatura, aniquilando con mil ejemplos gloriosos su poder tirano. Por lo cual dice San Agustín: «Nunca jamás hubo guerrero tan victorioso como la Virgen, que quebrantó la cabeza de la serpiente antigua» (1).

»Pues en premio de esta y de otras insignes victorias la corona hoy el Espíritu Santo, diciendo (como considera un autor grave): «Recibe esta insignia gloriosa de constante vencedora, por haber peleado valerosamente con las armas que recibiste de mi mano, para que así como en la tierra habitó en ti toda la plenitud de gracia, así en el cielo habite en ti toda la plenitud de gloria».

»La segunda corona de pureza de vida y resplandor de obras, significada por la de plata, recibió de mano de su Hijo, como insignia gloriosa de la mayor pureza é inocencia que después de Dios puede imaginarse, como dice San Anselmo (2), y de los mayo-

(1) *Lib. de natura et gratia.*—(2) *De conceptu Virginis*, cap. XVIII.

res resplandores de gracia que lucieron en pura criatura. Y así le dió corona blanca y resplandeciente, diciendo: «Recibe esta corona de pureza é inocencia, hermosa paloma mia, en quien jamás fué hallada mancha; y pues en la tierra me diste habitación en tus entrañas y me sustentaste á tus pechos, recibe en el cielo, por pago de esto, mi trono por descanso y mi gloria por sustento».

»La tercera corona, significada en la de oro, le dió el Padre Eterno, y con ella la suprema autoridad sobre todas las criaturas, como Reina del cielo y señora del mundo, diciéndole delante de toda aquella corte bienaventurada: «Seas bendita para siempre, y tu nombre sublimado en todos los siglos; por esta insignia te entrego el dominio sobre todas las cosas criadas; tú serás Señora de mi casa, y á tu imperio estarán obedientes todos los pueblos, y te servirán todos fielmente. Reparte lo que quisieres de mi reino, y salva á los que te agradare, que en tus manos pongo la distribución de mis riquezas como Reina universal de mis

tesoros y compañera de mi grandeza; y pues tan fiel fuiste en la administración de las obras de gracia, goza para siempre de los mayores premios de mi gloria».

Puesta, pues, la Virgen en tan incomparable felicidad y gloria, con qué humildad y agradecimiento repetiría el cantar antiguo: «Engrandece mi alma al Señor, y alégrase mi espíritu en Dios mi salud, que puso los ojos en la pequeñez de su sierva para obrar en mí con mano poderosa tan grandes cosas, que me llamen bienaventurada todas las generaciones» (1). Y ¡con qué admiración y alegría le daría el parabién toda aquella gloriosa turba de bienaventurados, diciendo: «Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel y tú la honra de todo nuestro pueblo» (2).

De lo dicho se puede colegir cuán grande sea el poder de María, y el valimiento que tenga con Dios. Porque si tanto la aman las divinas personas de la Trinidad augusta y tan gloriosa-

(1) Luc., I.—(2) Judith, XV.

mente la coronan, ¿cómo no ha de poder mucho y se ha de extender su imperio en el cielo, en la tierra y en los abismos? De ahí que los Santos Padres la llamen omnipotente por gracia, *omnipotentia supplex,* porque realmente alcanza cuanto pide; ó más bien, como dicen los Santos, no ruega, sino que manda; porque sus ruegos son para su divino Hijo como mandatos (1). Jesús, más respetuoso con María que lo fué Salomón con su querida madre Bethsabé, le dice mejor que éste á la suya: «Pide, Madre; porque no es lícito que yo te niegue cosa alguna» (2); ó como Asuero á Ester: «Si pidieres la mitad de mi reino, te será concedida» (3). De suerte que puede repetir la Virgen aquellas palabras que dijo de sí Jesús: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra» (4); porque si bien este poder corresponde por naturaleza al Hijo, por gracia ha sido también comunicado á María. Y él es

---

(1) Georg. Metrop. Nicomed. *Orat. in SS. Dei genitr. ingress. in templ.*—(2) III Reg., II, 19-20.—(3) Esther, V, 3 —(4) Matth , XXVIII.

tal, que excede á cuanto podemos decir ó pensar (5); porque se extiende al reino de la naturaleza, al reino de la gracia y al reino de la gloria.

En el reino de la naturaleza María sosiega las tempestades, encadena los vientos, detiene los rayos, ó, si es menester, desata las nubes para que viertan de su seno fecundante lluvia, que fertilice los campos. María purifica el aire infecto de la atmósfera, apaga los incendios y aleja de los pueblos que la invocan el azote de la peste, con que suele Dios castigar los pecados de los hombres. María es la salud de los enfermos, estrella del mar, iris de la alianza, columna del orbe: por María deja Dios de enviar nuevos diluvios que aneguen la tierra.

En el reino de la gracia, Dios ha querido que todo nos venga por medio de María. Este es el lenguaje común de los Santos Padres, que llaman á María dispensadora de los tesoros de Dios, canal por donde corre hasta nosotros

---

(1) S. German. *Patriarch. Orat. de zona B. V.*

el río de la gracia (1), esperanza de los pecadores (2), perseverancia de los justos. Ella abre las fuentes de la misericordia divina con que se lavan las manchas de nuestros pecados; infunde esfuerzo á los flacos para derrocar á los fuertes; da victoria á los que pelean; allana los ásperos montes de la penitencia; trueca los desiertos en verjeles, y adiestra á los niños y á las doncellas para que anden sobre las brasas sin quemarse, y huellen incólumes las cabezas de los dragones y basiliscos.

Finalmente, en el reino de la gloria, María es la puerta del cielo, como canta la Iglesia; María conduce á sus devotos é hijos á aquellos suntuosos alcázares, y nadie, sin su benéfica intercesión, logra arribar á las risueñas playas de la bienaventuranza (3). Por esto los que la hallan, hallan la vida. Y nadie perece de cuantos cobija Ella

---

(1) S. Bernardin.—S. Bern. *Serm.* III *de glorioso nom. Mariae.*—(2) S. Aug. *Serm.* XVIII *de Sanctis.*—(3) S. Germ., Patriarch. *Orat. de zona B. V.*

con su manto, ó tiene escritos en las palmas de sus manos (1). Tan fiel como esto se muestra al encargo que le hizo la beatísima Trinidad; así cumple con la obligación que le impuso su Hijo desde la cruz al constituirla Madre de los hombres; así proclama á una voz el orbe católico, que jamás se oyó decir que se haya perdido ningún hijo amante de María, ni que haya desechado ella sus preces. Es Reina y Madre de misericordia, tan buena, tan compasiva, que cuanta gloria y grandeza y poder le ha dado el Altísimo, todo lo emplea en beneficio del hombre; todo es para sus hijos; nada se reserva para sí. Lejos de olvidarse de nosotros en el cielo, presenta continuamente nuestras súplicas ante el trono de la divina clemencia, expone nuestras necesidades y defiende con maternal solicitud nuestra causa ante el tribunal del Padre y del Hijo.

Refiérese en el libro segundo de los Reyes que una mujer de Tecua, celebrada por su discreción, habló á Da-

(1) Idiot., *Prolog. Contempl. B. V.*

vid de esta manera: «Señor, yo tenía dos hijos, los cuales, por desgracia mía, riñeron, y el uno mató al otro; y después de haber quedado sin el uno, ahora quiere la justicia arrebatarme al que me queda. Tened compasión de mí, y no permitáis, Señor, que me vea privada de mis dos hijos». El rey, compadecido, perdonó al delincuente y mandó que se lo devolviesen libre. Pues esto viene á ser lo que dice María cuando ve á Dios airado contra el pecador que lo invoca: «Dios mío, yo tenía dos hijos que eran Jesús y el hombre; éste ha dado á Jesús la muerte, y vuestra justicia quiere castigar al culpable; pero Señor, tened compasión de mí, y si perdí uno, no consintáis que pierda el otro también.» ¿Cómo le ha de condenar Dios, amparándole María y pidiendo por él así, cuando el mismo Señor le dió por hijos á los pecadores? ¿Qué no conseguirá, recordándole las escenas de Belén y del Calvario, su amor, sus padecimientos y el encargo que recibió junto á la cruz?

¿Y seremos tan desdichados que no

queramos valernos de su patrocinio? ¿Hallándonos sumidos en tanta miseria, y teniendo el remedio tan cierto y á la mano, querremos voluntariamente perdernos? ¿Por qué no imitar al gran Lope de Vega, que hablando con Dios nuestro Señor le decía: «Mirad, Padre piadosísimo, que viene conmigo el mejor padrino que yo he podido hallar en el cielo ni en la tierra, la Puerta del cielo, la tesorera de vuestras riquezas, la limosnera mayor de vuestras misericordias, la enemiga de la antigua sierpe, cuyo pie poderosísimo estampó en lo más duro de su cabeza su blanda planta; la estrella de Jacob, la vara de Israel, que rompió las cervices de los capitanes de Moab; aquella reina que con el vestido de oro, cercado de variedad, asiste á vuestra presencia; aquella ciudad de Dios, de quien tan gloriosas cosas fueron dichas desde que los hombres tuvieron lenguas, porque había de ser bendita en todas las naciones; el arca de vuestra santificación; la hermosa y cándida paloma, á cuya venida cesó el invierno; la blanca y

colorada aurora que se levanta con tanta hermosura de la vecina presencia del sol... aquella perpetua Virgen que en medio de la claridad de tanto fuego fué verde zarza; aquella á quien fué dada la gloria del Líbano y la hermosura del Carmelo; aquella Madre de amor hermoso, de temor prudente y de esperanza santa: pues mirad, Señor, que dice que por mí fué Madre vuestra... La Virgen, pues, dulce Jesús, viene conmigo á pediros que me admitáis, para cuyo efecto me pongo entre Vos y Ella, donde es imposible perderme; pues por ninguna parte puede entrarme enemigo ni darme asalto. Vuestra Madre es Torre de David, Vos León vencedor; Ella es Puerta cerrada como la oriental del Tabernáculo, Vos el que se ha de sentar sobre aquel imperio; Ella el Monte de donde salió la piedra sin manos, y Vos, Cristo mío, la misma Piedra; Ella es el trono de Salomón, de marfil y oro, cercado de leones, y Vos el que tiene en su vestido escrito: Yo soy el Rey de los reyes y el Señor de los señores; Ella la ciudad fuerte, y Vos el que la

vela y guarda... Aquí, pues, Señor, estoy seguro; pero si poniendo los ojos en mí vuelven á dar sangre vuestras heridas... no los pongáis, amor mío, en mis culpas, sino en sus purísimas entrañas; consideraos, Señor, tan pequeño y puesto en ellas para mi bien, que no es posible que en razón de Hijo dejéis de tenerle reverencia, y si por la vuestra os oyó á Vos vuestro Padre, por la de vuestra Madre debéis oirla» (1).

---

(1) Soliloquio II.

II

María amada de la Iglesia triunfante.

DICHOSO el Benjamin de la Iglesia, el jovencito San Estanislao de Kostka, que mereció subir al cielo el día de la Asunción para ver la fiesta que hacía á su Reina aquella corte soberana! El podría declararnos cuánto aman los bienaventurados á su Madre y Señora. Mas nosotros ¿qué podemos decir sino que su amor excede nuestra comprensión, y que viéndola se les acrece á todos la gloria accidental que gozan en aquella patria felicísima?

«Porque, después de la humanidad santísima de Cristo nuestro Señor, conocen en ella inefable bondad, suma perfección, altísima dignidad, admirable hermosura, dulcísima piedad, universal magnificencia, eminentísima sabiduría y plenísimo poder. Conocen también que por ella se redi-

mió el linaje humano, y se reparó el palacio real de la ruina y caída de los ángeles; pues ella fué aquella Virgen dichosísima que parió y crió al común Salvador, y la que mereció de congruencia dignísima tan alta prerrogativa y excelencia; y así cuanto más obligados se hallan á los beneficios universales y particulares que por ella han recibido, tanto con mayor fervor y amor más especial la aman, la veneran y la engrandecen. Y así, después de Cristo nuestro Señor, en ella principalmente se gozan y alegran, porque después de la humanidad sacrosanta de su Hijo, es la Virgen serenísima, para la contemplación gozosa y vehemente de toda la corte celestial, la imagen más bella y más resplandeciente y el milagro más alto y de mayor admiración que las manos de Dios han hecho. En la cual, como en un espejo cristalino, ven más claramente que en todas las demás criaturas la bondad, la hermosura, el poder, la sabiduría y todas las demás divinas perfecciones de la Trinidad beatísima. Y así á Dios alaban en ella,

y á ella en Dios, porque tan ilustre Virgen dió al cielo, y tan poderosa protectora á la tierra, y á todos tan graciosa Señora y tan piadosa Madre, por quien tantos beneficios han alcanzado y de cuya plenitud todos reciben. En ella se glorían como en hermosísimo ornamento de toda la corte soberana, honra de toda la naturaleza criada y singular gloria de la patria celestial, como en flor gloriosísima del paraíso y alegría común de todo el universo...

»Venéranla, finalmente, todos los bienaventurados, ángeles y hombres, como hijos á su madre; porque de todos es madre común, ya por ser madre, según la carne, del Criador de todos, ya también porque en el cielo todos los ángeles y santos reciben iluminación y bienaventuranza más perfecta de Cristo nuestro Señor, por el cual son restauradas todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en el cielo, como significó el apóstol San Pablo á los Colosenses. Y por la unión de la sagrada humanidad de Cristo que tomó de la Virgen

de que está vestido en la gloria del Padre, se les aumenta accidentalmente la gloria, y así reciben de la Virgen cierto ser de gloria y, por consiguiente, el título de filiación por el cual se llama Madre de todos los bienaventurados» (1).

Pero, para decir algo en particular, ¿qué amor, pensamos, le tendrá el arcángel San Gabriel, que mereció ser embajador de la Santísima Trinidad en la Encarnación del Verbo, y saludarla llena de gracia? ¿Con qué gusto él y los demás ángeles, humildes vasallos puestos siempre á las órdenes de tal Reina, repetirán en el cielo su hermosa salutación y la llamarán bendita entre todas las mujeres? Adán y Eva, ¿cómo amarán y venerarán á la privilegiada criatura que había de reparar y reparó las ruinas que ellos causaron en toda su familia y descendencia? Pues las heroinas del antiguo Testamento Ester, Judit, Débora y otras cien, ¿cómo se ufanarán

---

(1) Fr. José de Jesús María. *Vida de la Virgen*, lib. V, cap. XIIX.

de haber sido imágenes y figuras de la escogida entre millares para Madre del Salvador? ¿Qué afecto no le tendrán? Y ¿quién duda que David é Isaías, al contemplar á la Virgen, sentirán bañarse de júbilo sus almas, y llenos de ardentísimo amor repetirán los salmos y pasajes que el Espíritu Santo les dictó cuando la columbraron en lontananza en la obscura noche de los tiempos? Ana y Joaquín, José, Isabel y el Bautista, ¿qué éxtasis de amor no experimentarán al ver á la que tan de cerca les toca según la carne? ¿Y los apóstoles? ¿Los apóstoles que vieron en la tierra á la Madre del Redentor, y á quienes ella recogió cuando iban dispersos y sin consejo, mientras su Hijo estaba en el sepulcro, y después de subido á los cielos alentó, consoló y enseñó como maestra?

¿Cómo no han de amar indeciblemente á la Virgen inmaculada las vírgenes que siguieron su ejemplo, y se agruparon bajo los pliegues de la bandera que María levantó en el cenegal del mundo, y blanquearon sus azucenas con el níveo candor de la azucena

inmaculada? ¿Cómo no han de quitar de la frente sus coronas y arrojarlas á las plantas de María los doctores de la Iglesia, los mártires, todos los santos, cuando por María fueron ellos sabios y fuertes y santos? ¿Y cómo dejar de amarla los que fueron un tiempo pecadores, y hubieran perecido eternamente sin remedio si María no los hubiese arrancado de las mismas fauces del demonio y llevado en sus palmas al cielo? ¡Oh! ¡qué himnos, qué cánticos de alabanza y amor resonarán perpetuamente bajo las bóvedas de la gloria á la Reina de misericordia, y á Dios que nos la dió por Madre, y con ella todas las cosas! Esto más es para considerarse que para decirse.

III

María amada de la Iglesia paciente.

Como ama el caminante, que muere de sed, al bienhechor que le ofrece un vaso de agua cristalina, y quien perece de hambre al que le convida á un banquete espléndido y regalado; como el desterrado, lejos de su patria y de su familia, besa amoroso la mano que le levanta el destierro y le restituye su esposa, hijos y bienes, ó como el aherrojado entre cadenas, en la lobreguez de un calabozo, no puede menos de mirar con cariño al que le da la amada libertad y le encumbra, como Faraón á José, á la cima de los honores y apogeo del poderío, así, pero no así, sino muchísimo más aman las pobrecitas almas del purgatorio á su dulce Madre y libertadora, la Reina de los cielos.

¡Ah! aquellas buenas almas que están en el lugar de la expiación padecen hambre y sed devoradoras, son

hijas queridísimas de Dios y viven desterradas muy lejos de su patria y de sus hermanos, los ángeles y bienaventurados, y quizá apartadas también de aquellos mismos á quienes dieron el sér de naturaleza y á quienes, por afecto, entregaron su corazón; arrastran pesadísimas cadenas en obscurísima cárcel, privadas de aire y de luz, ¿cómo no han de amar á María, que con frecuencia las visita, refrigera sus ardores, mitiga su sed, las consuela con la esperanza, acorta el plazo de su destierro y rompe las puertas de diamante ó allana los muros de bronce que las detienen en su horrendo cautiverio? ¿Quién sino María envía sus ángeles, portadores de buena nueva, que vierten cada día sobre aquel remolino de llamas el cáliz de bendición que toman de manos del sacerdote, cuando inmola la divina víctima en el altar? ¿Quién sino María esparce sobre el duro pavimento de aquella cárcel mal oliente las fragantes rosas de Jericó, que los devotos del rosario le ofrecen, cuando rezan el salterio mariano y repiten

ciento cincuenta veces la angélica salutación?

Aman á María las benditas almas del purgatorio, porque saben que María las ama; porque, interesándose por su rescate, mueve á los hijos que tiene en el mundo á que ofrezcan sufragios y apliquen indulgencias en favor de estos desvalidos encarcelados; porque, no contenta con esto, baja ella misma en las fiestas principales, y deja poco menos que vacía aquella región tenebrosa.

Bien sabido es lo que prometió la misma Virgen al Papa Juan XXII, á quien, apareciéndosele, mandó decir á todos los que llevasen su escapulario del Carmen, que el sábado inmediato al día de la muerte de cada uno saldrían libres de las penas del purgatorio (1). Y así fué declarado por el Sumo Pontífice en la bula que á este fin expidió, confirmada por sus sucesores Alejandro V, Clemente VII, Pío V, Gregorio XIII y Paulo V, el cual, en

(1) San Alfonso de Ligorio. *Glorias de María*, p. 1.ª, cap. VIII, § 2.

una suya dada el año de 1612, dice: «Que el pueblo cristiano puede piadosamente creer que la santísima Virgen con su continua intercesión, méritos y protección especial, ayudará después de la muerte, y principalmente el día del sábado (que la Iglesia le consagra) las almas de los hermanos de las cofradías del Carmen que hayan salido de este mundo en gracia de Dios, habiendo vestido su escapulario, guardado castidad conforme al estado de cada uno, y rezado el Oficio parvo de la misma Virgen, ó que, de no haber podido, hayan observado á lo menos los ayunos de la Iglesia y abstenídose los miércoles de comer carne, menos el día de Navidad». Y en el oficio de la misma fiesta del Carmen se dice que, «según la piadosa creencia de los fieles, la Virgen, con afecto de Madre, consuela y saca muy pronto de aquella penosa cárcel á los que estuvieron agregados á su cofradía».

Pues siendo esto así, ¿cómo no han de amar, y mucho, las almas del purgatorio á su dulcísima Madre é insigne bienhechora?

IV

María amada de la Iglesia militante. Los enemigos de la Virgen.

Las palabras de la Virgen á su prima Santa Isabel: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (1), se han cumplido exactamente. María vive en la Iglesia. Desde el ocaso á la aurora, de septentrión al mediodía, acuden nuevos hijos á cobijarse bajo su manto salvador: no hay uno solo de cuantos sirven á Jesucristo que no la ame é invoque; porque todos saben muy bien que esta es la voluntad de Dios, y no honra al Hijo quien no respeta á la Madre.

La Iglesia docente, maestra infalible de la verdad, ha compuesto en su honor bellísimas plegarias, que exhalan el fragante aroma de los cielos, y ha recogido en las Letanías y en la

(1) Luc., I, 48.

Salve, que es el himno de la esperanza, los títulos más gloriosos de la Madre de Dios, consoladora de los afligidos, auxilio de los cristianos. Tres veces al día resuenan las campanas desde las altas torres de los templos convidando á los fieles con su vibrante voz á saludar á la Reina de los cielos y á repetir la enhorabuena del ángel. Durante el año no deja pasar mes alguno sin dedicarle algún día, destinado especialmente á celebrar sus misterios; conságrale el mes más poético de todos, el mes de las flores, y cada semana el día en que se terminan las tareas y precede al descanso dominical, el día alegre del sábado. ¿Quién es capaz de contar los templos y altares que ha erigido en su honor? ¿Las Asociaciones, Ordenes y familias religiosas y comunidades que ha puesto bajo su tutela? ¿Las fiestas y advocaciones con que la honra? ¿La presteza y confianza con que acude á su valioso patrocinio, como quien sabe que María es la capitana de los ejércitos de Dios, la torre de David, de la cual penden innumerables escudos, el te-

rror del infierno y la debeladora de todas las herejías? (1).

Y ¿qué decir del pueblo cristiano? Poderosos y desvalidos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, ¿no acuden á María como á su protectora y amparo? ¿No la han aclamado naciones enteras por su Reina y patrona? ¿No aparece su imagen en muchos escudos y blasones nobiliarios? ¿Cuántas obras, desde el volumen in folio hasta la volante hoja de papel, no se han escrito y escriben diariamente explicando sus prerrogativas y difundiendo sus alabanzas? ¿Con qué expresiones de cariño no la saludan? ¿Qué gozo no reciben de considerar sus grandezas? ¿A qué arranques piadosos no los arrebata el afecto? ¡Cómo trocaran con ella su condición, si ellos fueran inmortales y María mortal, si ellos ricos y María pobre! Si Dios les propusiese (lo que es absurdo) ser madre de Dios, no lo quisieran ser ellos para que lo fuese María... ¿Y las ar-

(1) *Cunctas haereses interemisti in universo mundo.*—Eccles.

tes? ¡Ah, las artes!—dice un piadoso sacerdote y apologista católico—«desde el Dante, que en su poema coloca á María en la región superior del paraíso, alegrando con su sonrisa á los coros celestiales, hasta las coplas populares que con tan agraciados conceptos la han festejado, ¿qué lira clásica ó popular no ha vibrado por María? Desde las informes pinturas de las catacumbas, desde las toscas esculturas bizantinas hasta la inspiración de Rafael y de Murillo, el pintor de la célebre Concepción, ¿qué pinceles y buriles no han trabajado con amor en la dulce tarea de reproducir su hermosísima figura? Desde las magníficas catedrales de las ciudades hasta las humildes capillas de las aldeas, desde los suntuosos monasterios hasta las modestas ermitas, que esbeltas coronan las colinas, ó se esconden misteriosas entre la frondosa espesura de los valles, ¿qué templos no han resonado con sus alabanzas? Desde las sublimes estancias del *Stabat* de Rossini hasta el poético *Dulcísima Virgen* de nuestros Mayos, ¿qué genio de

la música no se ha inspirado en sus glorias ó en sus dolores?» (1).

Además, ¿qué edad, qué condición ó estado de la vida no se ha consagrado á la Reina del cielo y dulce Madre de los hombres? A los pocos días de haber nacido, son en muchas partes llevados en brazos los tiernecitos niños al templo y puestos en la peana del altar de la Reina de los Angeles, para que los tome por suyos y les dispense desde la infancia su decidida protección. De muchos se puede decir que maman con la leche la piedad y devoción á María; y cuando más tarde, desarrollado ya el uso de la razón sienten el primer despertar ó rugir de las pasiones, á ella corren presurosos en demanda de auxilio y fortaleza. ¡De qué dulces escenas son mudos testigos las paredes del templo y el frío mármol de los altares dedicados á María! ¡Cuántas lágrimas han visto correr! ¡Qué votos se han hecho ante sus aras! ¡Y cuántos también han sa-

(1) Sardá y Salvany, *Lecciones de teología popular*, VII. *El culto de María.*

lido de allí, vestido el santo escapulario, para lanzarse á la inmensidad de los mares y desafiar las tormentas, ó volar al campo de batalla en defensa de la religión y de la patria!

Al pie de los altares de María ha bendecido el ministro de Dios á los que se unían con el indisoluble vínculo del santo matrimonio, y ha implorado para los contrayentes las bendiciones del cielo y la prosperidad y dicha de la tierra. Al pie de estos mismos altares han rogado cien veces las madres y esposas por sus hijos ó maridos ausentes; y las alhajas y exvotos publican á la faz del mundo que han sido escuchados los ruegos de los que imploraron la vuelta ó la salud de las personas queridas.

¿Qué resta, pues, sino que perseveremos en nuestra constante y filial devoción á María santísima, que crezcamos cada dia más en ella, y que nuestro amor y devoción reunan los caracteres de veracidad y solidez que nos hagan acreedores á las promesas y gracias otorgadas en favor de los verdaderos devotos de María? ¿Qué resta

sino que, no contentos con amarla y venerarla nosotros, procuremos también que otros la amen y veneren, sin hacer caso de las insulsas diatribas de unos, de la supina ignorancia de otros, ni del odio inveterado que los enemigos de María le profesan?

¡Ah! ¡los enemigos de María! ¡También esta Reina de bondad y Madre dulcísima de misericordia los tiene! ¡También hay quien arroja envenenadas flechas contra la augusta Señora, de cuyo seno brotó la clemencia! De los enemigos de María unos lo son *por ignorancia*, otros *por malicia*. Por ignorancia, porque no conocen á la Virgen, ni saben qué clase de culto le tributa la Iglesia. Hablan de lo que ignoran. Creen falsamente que los católicos adoramos á María como á diosa ó poco menos; lo cual es un absurdo groserísimo que ningún buen católico ha soñado. Veneramos, sí, y honramos con devoto afecto á María, como á la criatura más pura y perfecta que ha salido de las manos de Dios, como al súbdito más leal y obediente á su Rey, y á quien el mismo Rey y Dios ha hon-

rado y ennoblecido sobre todas las criaturas y ha querido también que fuese más que todos honrada y venerada.

Ni la honra y veneración que tributamos á la Madre, eclipsa ó menoscaba la adoración que se debe al Hijo, ni el amor á María es desamor á Jesús. ¿Desdora, acaso, al rey de la tierra quien para obtener una gracia se vale de la intercesión de la madre ó de la esposa del rey? ¿O sirve menos al monarca el vasallo leal que por su orden está al servicio del príncipe heredero? ¿No ceden en honra de Jesucristo las oraciones que la Iglesia dirige á María? ¿Quién más amante de Jesús que los amantes de la Virgen? Que hablen las historias de los santos. Desafiamos á los enemigos de María que presenten tantos y tan esclarecidos amadores de Cristo, que hayan llevado su amor hasta el heroísmo, como lo han llevado los amantes verdaderos de nuestra Señora. ¿Qué han de presentar? Nunca amará al Hijo quien se precia de aborrecer y deshonrar á la Madre. En este punto la

máxima católica es *ad Jesum per Mariam: á Jesús por medio de María.*

Pero otros enemigos tiene María, á quienes no mueve la ignorancia, sino la *malicia* y aversión que les inspira el infierno. Odia Lucifer á la Madre, porque aborrece también al Hijo; y envuelve en su odio común á entrambos, porque quebrantaron ellos su cabeza y van de día en día repoblando los tronos del Empíreo, que él y los suyos dejaron vacíos. Seis mil años han pasado, y hoy como el primer día se revuelve feroz contra el misterio de un Dios hecho hombre y de una Virgen sin mancilla, que lo concibe y da á luz.

Y ese odio de sesenta siglos contra el augusto misterio que levanta al hombre en la persona de Jesucristo sobre la naturaleza angélica, aparece hoy vivo y ardiente en las herejías modernas, como apareció en las antiguas; porque en el fondo de todos los errores y herejías referentes á Jesucristo que ha habido en el mundo, se encuentra el odio de la antigua serpiente contra el dogma de la mater-

nidad divina (1). Estas herejías no son sino rugidos de Lucifer, herido á la vez por la planta virginal de María y el báculo de la cruz. Y eso es también en resumidas cuentas, si bien lo consideramos, el moderno *satanismo*. ¿Y quién no ve por ahí la trascendental importancia de ser devotos de María?

Rodoblemos, pues, nuestro fervor en el culto y servicio de nuestra Señora. Es uno de los más eficaces medios de combatir los errores de nuestros días y alcanzar brillantes victorias (2).

---

(1) Combalot, *Grandezas de la Virgen*, Conferencia 3.ª—(2) Véase el opúsculo 156 del Apostolado de la Prensa: *La Inmaculada y los errores modernos*.

V

Cuál debe ser nuestro amor á María

1. Nuestro amor á la Santísima Virgen ha de ser, ante todo, *amor filial*. Esto es lo primero que se deriva de nuestra cualidad de hijos de esta excelsa Señora, dada á nosotros por Madre de la manera más solemne desde el sangriento árbol de la cruz. Pero este amor filial importa á la vez *respeto* y *obediencia* á nuestra querida Madre. ¿Quién ama á la suya, que no la reverencíe y obedezca? Nada más puesto en razón.

Este *respeto* hará que hablemos siempre bien de Ella, que la saludemos al pasar por delante de sus imágenes, por lo menos interiormente, si lo advertimos, que oigamos con gusto sus alabanzas y la honremos pública y privadamente, rezándole cada día nuestras devociones y, siempre que podamos, el santísimo rosario. ¡Ah!

¿Qué buen hijo, si puede, dejará pasar mucho tiempo sin saludar ó dirigir la palabra á su madre, sin verla ó visitarla?

Este amor respetuoso hará también, no sólo que nunca digamos palabras ofensivas á nuestra Señora, mas que asimismo procuremos, hasta donde alcancen nuestras fuerzas, que ninguno las diga. ¿Qué buen hijo sufriría que deshonrasen á su Madre? Por esto los buenos hijos de María, que en viajes ó en otras partes tienen que callar para no promover mayor escándalo y ser ocasión de que se cometan más pecados, al oir ciertas bocas del infierno, soeces y mal habladas, reparan las blasfemias contra Dios y la Virgen con interiores alabanzas, y procuran, ya que no reprender al impío ó asqueroso blasfemo, desarmar la cólera celeste, indignada contra el procaz y sucio gusano de la tierra.

La *obediencia*, nacida de este mismo amor filial, hará que seamos dóciles á las inspiraciones que nuestra buena Madre nos envíe por medio de los santos ángeles, que están á sus órde-

nes, ó por el dictamen y remordimiento de nuestra conciencia. No contristemos á María, ni mucho menos la ofendamos á sabiendas. Si oímos su voz y seguimos sus consejos, todo nos saldrá bien. «Observa, hijo mío—nos dice ella,—los preceptos de tu Padre, y no abandones la ley ó los documentos de tu Madre: tenlos siempre grabados en tu corazón, y sírvante como de collar precioso. Cuando caminares vayan contigo, guárdente cuando durmieres, y en despertando conversa con ellos; pues el mandamiento de tu Padre es á manera de antorcha, y la ley ó instrucciones de tu Madre como una luz, y la corrección que conserva á los jóvenes en la disciplina es el camino de la vida» (1).

2. En segundo lugar, nuestro amor á la Virgen Santísima ha de ser *tierno* y *confiado*. ¿Qué hijo no siente ternura y confianza hacia su madre? ¿Quién la merece mejor que ella? ¿Quién sabe compadecerse de las debilidades y flaquezas de los hijos con más ter-

(1) Proverb. VI, 20-23.

nura que las Madres? ¿Y quién más Madre que María?

Los santos nos dan ejemplo de este amor tiernísimo hacia María con expresiones tales, que si ellos no las dijesen casi no nos atreveríamos á usarlas. Por ellas principalmente se apellida á San Bernardo el doctor melífluo. Pero no es él sólo quien se vale de semejantes modos de decir que respiran la más filial ternura y confianza. Oigamos por vía de muestra á San Anselmo, Obispo lucense, que dirigiéndose á la Virgen, le dice, entre otras regaladas expresiones de cariño: «¡Oh dulce Señora, cuyo solo recuerdo endulza el corazón, cuya grandeza bien meditada levanta el espíritu, cuya hermosura recrea la vista interior y cuya inmensa amabilidad embriaga el alma que la considera! ¡Oh Señora, que robas los corazones con tu dulzura! ¡Y ahora me robaste el mío, y no sé dónde lo pusiste para que lo pueda encontrar! ¿Por ventura lo escondiste en tu seno, para que hallándole allí me encuentre también á mí mismo? ¿O lo colocaste entre tus pe-

chos? Tal vez allí lo pusiste para que, pues se había resfriado en tu amor, abrasado en nuevas llamas no pueda ya separarse de ti. ¡Oh robadora de corazones! ¿Cuándo me devolverás el mío? ¿Por qué arrebatas así los corazones de los sencillos? ¿Por qué haces violencia, ó más bien benevolencia, á los amigos? ¿Por ventura quieres quedarte con él? Cuando te lo pido me sonríes, y al punto descanso, adormecido con tu dulcedumbre; vuelvo después en mí, y al pedírtelo otra vez me abrazas, oh dulcísima, y quedo embriagado en tu amor. Ahora ya no distingo mi corazón del tuyo, y no sé pedirte otra cosa sino tu mismo corazón... ¡Ah! Guarda el mío, consérvalo en la sangre del Cordero, ponlo en el costado de tu Hijo, á fin de que sienta sólo lo que tú sientes, sólo ame lo que tú amas, no viva en la tierra, sino en el cielo contigo» (1).

Esta confianza filial, de que vamos tratando, debe ser además *firme* y *universal*, de suerte que nada sea capaz

(1) *Medit. in antiph. Salve Regina.*

de enflaquecerla, y al propio tiempo se extienda á todas las eventualidades y tropiezos de la vida. Nada, ni las cosas prósperas ó adversas que nos sobrevengan, ni la malicia de los hombres ó de los demonios, ni nuestras propias caídas, por graves ó vergonzosas que sean, ni las mismas pruebas de Dios, á que según su beneplácito se digne someternos, deben ser parte para entibiar nuestra inquebrantable confianza en nuestra bondadosa Madre, María. Especialmente debemos recurrir á ella, como los niños corren al regazo de su madre cuando se ven acosados por enemigo más poderoso, en las ocasiones siguientes:

PRIMERA, cuando nos asalta la tentación. María es el terror del infierno. Y nada sienten tanto los demonios como verse vencidos y arrollados por el poder de María. Al fin, ella fué la que aplastó la cabeza del dragón infernal; y esa derrota y la herida mortal que entonces recibió le llena de confusión, y quiere desahogar en nosotros su rabia, ya que contra la Virgen es impotente. Y por eso mismo,

María que ve que el infierno pretende vengar en nosotros el daño que Ella le hizo, vuela presurosa en nuestro auxilio siempre que la invocamos. Sigamos, pues, el consejo de San Bernardo. «¡Oh tú, cualquiera que seas, que te crees fluctuar con grande riesgo entre los huracanes y tempestades de este siglo, más bien que andar á pie firme sobre la tierra! no apartes tus ojos del esplendor de esta Estrella, si no quieres morir entre borrascas. Si se enfurecen los vientos de las tentaciones, si tropiezas en escollos de adversidades, vuelve los ojos á esta Estrella, invoca á María. Si te mirares impelido fuertemente por las olas de la soberbia, de la ambición, de la detracción ó envidia, vuelve los ojos á la Estrella, invoca á María.

Si la ira ó avaricia, ó el estímulo de la carne agitare la navecilla del alma, vuelve los ojos á María. Si turbado por la enormidad de los crímenes, confuso por la fealdad de la conciencia, aterrado por el horror del juicio futuro, comienzas á ser sepultado ó como absorbido en el báratro de

la tristeza, en el abismo de la desesperación, acuérdate de María. En los peligros, en las angustias, en las perplejidades de la vida, piensa en María, á María invoca. No se aparte de tus labios, no se aparte de tu corazón; y para lograr el favor de sus plegarias, no ceses de seguir el ejemplo de su vida. Siguiéndola, no te extravías; llamándola, no desesperas; acordándote de Ella, no yerras; si ella te sostiene, no caes; si te proteje, no hay por qué temas; si encamina tus pasos, no te fatigas, y con su favor llegas á la eterna felicidad» (1).

SEGUNDA. La segunda ocasión en que hemos de recurrir especialmente á María, ha de ser cuando se trata de la elección de estado, ya propia, ya de aquellos que dependen de nosotros. Este es un negocio de suma importancia, íntimamente ligado con la eterna salvación y aun con la felicidad y dicha temporales. Muchos se condenan ó viven vida infeliz, porque erraron en este punto, y siguiendo el ímpetu

(1) Hom. II, *super Missus est.*

de la pasión ó el egoismo de la naturaleza, no tomaron á María por Madre y consejera.

TERCERA. Hemos de recurrir en tercer lugar al patrocinio de María, siempre que nos asalte la enfermedad ó nos veamos en peligro de muerte. ¡Ah! en este último trance, sobre todo, nos hemos de acordar de María y llamar muy de corazón á las puertas de su maternal misericordia, recordándole de una parte lo mucho que nos ama y padeció por nosotros al pie de la cruz, y por otra los años de nuestra infancia y el amor que le teníamos cuando niños, para que nos alcance perfecta contrición de las culpas y extravíos que cometimos después. Invoquémosla, si no podemos con los labios, con gemidos del corazón; pidamos á tiempo los santos sacramentos, que es error muy perjudicial guardar cosas tan importantes para cuando uno ya no sabe lo que se hace; roguemos que nos repitan con frecuencia los dulcísimos nombres de Jesús y María; besemos con filial cariño su imagen y escapulario, y las cuentas del rosa-

rio, objetos para nosotros de más estima que rico collar de perlas y brazaletes de oro, y... muramos, en fin, con la muerte de los justos que mueren en el Señor, cerrando los ojos á la luz de este mundo para abrirlos en la risueña alborada del día de la gloria. ¡Oh, dichoso el que muere besando la imagen de María ó pronunciando su dulcísimo nombre!

Mas para que ese recurso filial y lleno de confianza á la santísima Virgen nos sea fácil y familiar, acostumbrémonos á invocarla continuamente, á comunicar con ella los secretos de nuestra alma, los pesares y alegrías que experimentemos, los planes que concibamos; sea, en una palabra, María, nuestra Madre y confidente.

3. Por último, sea nuestro amor á María *práctico y operativo*; amor más de obras que de palabras. Algunos ejercicios prácticos hemos insinuado ya; aquí sólo diremos que este amor ha de abrazar dos partes; es á saber: evitar lo malo y ejecutar lo bueno; evitar faltas y pecados y hacer obras buenas. Los límites de este escrito no

nos permiten descender á muchas particularidades: tampoco es muy necesario, porque, gracias á Dios, no faltan obras excelentes que tratan de la materia, ni dejamos de ser buenos por falta de conocimiento, sino porque no nos aplicamos de veras á serlo. ¿Quién no sería muy bueno y santo si hiciese lo que conoce ser agradable á la Virgen?

Pues sea esta la regla que nos dirija en nuestras acciones: antes de hacer ú omitir alguna obra, preguntémonos: esta acción ú omisión, ¿agradará á mi dulcísima Madre María? ¿Gustará ó no la Virgen de que yo lea este libro, de que vaya á tal reunión, de que me ocupe en esto ó aquello? ¿Le gustará? Pues voy, lo hago.— ¿No le gustará? Pues lo dejo.

Esta regla, eminentemente práctica, vale por muchas.

Fuera de esto, los santos recomiendan á los devotos de María varias prácticas piadosas de reconocida utilidad. He aquí los obsequios que aconseja se hagan San Alfonso María de Ligorio:

1. Rezar con frecuencia el Ave María.

2. Celebrar las festividades de la Virgen, preparándose para ellas con algún triduo ó novena.

3. Rezar diariamente el santo rosario ó el Oficio parvo.

4. Ayunar el sábado ó la víspera de sus fiestas.

5. Visitar sus sagradas imágenes.

6. Llevar el santo escapulario.

7. Agregarse á alguna de las congregaciones, cofradías ó hermandades de la Virgen.

8. Dar limosna en su obsequio.

9. Acudir con frecuencia á María.

10. Y otros, como decir Misa ó mandarla decir en honra suya, invocar la protección de los santos más allegados á la Virgen, leer cada día en algún libro que trate de sus excelencias y prerrogativas, predicar ó exhortar á otros á su devoción, rogar todos los días por los vivos y difuntos más devotos suyos, rezar el *Angelus*, etc.

Pero no olvidemos que lo más subido, y como la flor hermosísima de la devoción á María, señal inequívoca

de cuanto la amamos, consiste en dos cosas juntas: en acordarnos de ella casi continuamente y en imitar sus virtudes. La memoria frecuente es indicio de amor, y la imitación pone su sello. ¡Oh! Amemos á María y seremos felices. Amemos á María, y con su amor vendrán á nuestra alma todos los bienes (1).

---

(1) *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* Sapient. VII, 11.

ÍNDICE

—

PARTE PRIMERA

MARÍA AMABLE

	Págs.
I.—María amable por su excelencia y dignidad.....	7
II.—María amable por su hermosura de cuerpo y alma.....	17
III.—María amable por su bondad y pureza.....	25
IV.—María amable por su humildad.	33
V.—Mater amabilis.....	40

PARTE SEGUNDA

MARÍA AMANTE

I.—María amante en su Purificación	45
II.—María amante en la pérdida del Niño Jesús.....	50
III.—María amante en la vida pública de Jesús.....	53
IV.—María amante en el Calvario...	60
V.—María amante después de la Ascensión del Señor.....	68

PARTE TERCERA

MARÍA AMADA

I.—María amada de Dios.—Las tres coronas..... 75
II.—María amada de la Iglesia triunfante..... 89
III.—María amada de la Iglesia paciente..... 95
IV.—María amada de la Iglesia militante.—Los enemigos de la Virgen..... 99
V.—Cuál debe ser nuestro amor á María..... 109

A. M. D. G.